

# ELITES, CAMBIO SOCIAL E IDENTIDAD REGIONAL EN EL SONORA PORFIRIANO

Dora Elvia Enríquez Licón<sup>1</sup>

## La intención

121

de este artículo es manejar algunas ideas referidas al cambio social y cultural ocurridos en la dinámica sociedad del porfirismo sonorense. Una preocupación fundamental está dirigida al conocimiento de la *identidad cultural regional*, concepto que remite al estudio de los valores e imaginarios portados por los sonorenses, de las acciones que les permitieron identificarse entre sí, compartir rasgos comunes que les hicieron diferenciarse de los otros (mexicanos y extranjeros). Como sabemos, en una identidad cultural se advierte la existencia de valores, concepciones del mundo y procederes compartidos por una colectividad, es decir, aquello que les es propio, que les distingue y permite reproducirse como comunidad diferenciada.

¿Cuál es el sentido que aquí otorgo al concepto *cultura*? No lo entiendo en su sentido clásico o humanista, como expresión de las

<sup>1</sup> Departamento de Antropología e Historia, Universidad de Sonora. Hermosillo, Sonora, México. Correo electrónico: [denriqez@rtn.uson.mx](mailto:denriqez@rtn.uson.mx)



bellas artes, pero tampoco quiero caer en el extremo de entenderla como el "todo" en los grupos humanos, desde la economía hasta la política, pasando por las formas de organización social, el derecho, la tradición, el arte, las creencias, los hábitos, la moral, etcétera. Evidentemente un concepto de tal magnitud provoca la tentación de privilegiar sólo una descripción desordenada de rasgos y hechos culturales.

Más me inclino a hacer mía una tercera concepción impulsada desde la antropología por Clifford Geertz, quien sostiene que los fenómenos culturales son esencialmente simbólicos, por lo tanto "su estudio tiene que ver con la interpretación de símbolos o acciones simbólicas".<sup>2</sup> En esta perspectiva la cultura "designa pautas de significados históricamente transitados y encarnados en formas simbólicas (que comprenden acciones, expresiones y objetos significantes de la más variada especie) en virtud de las cuales los individuos se comunican entre sí y comparten sus experiencias, concepciones y creencias". El manejo de este concepto privilegia la interpretación por sobre la mera descripción.

122

Evidentemente el análisis cultural debe emprenderse tomando en cuenta contextos y procesos históricos específicos y "socialmente estructurados", que inciden en la producción y transmisión de las formas simbólicas. El contexto comprende "las relaciones asimétricas de poder, el acceso diferencial a los recursos y oportunidades sociales y los mecanismos institucionalizados para la producción, transmisión y recepción de las formas simbólicas."<sup>3</sup>

Es importante enfatizar el hecho de que en una sociedad específica no puede hablarse de la existencia de una sola cultura sino que, la misma conformación social, estructurada en términos de desniveles, da lugar a la existencia de varias culturas enfrentadas, en ocasiones diametralmente opuestas. La noción de conflicto es pues sustancial e inherente a la coexistencia de estas culturas diversas. En términos gramscianos podemos advertir la prevalencia de una cultura hegemónica (o dominante) pero esto implica reconocerle pre-

<sup>2</sup> Citado en Gilberto Giménez, "La teoría y el análisis de la cultura. Problemas teóricos y metodológicos" en *Coloquio Metodologías para el estudio de las culturas contemporáneas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, p. 5.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 23.

cisamente ese rango: que domina y subordina pero de ninguna manera hace desaparecer expresiones culturales que le son adversarias. Por el contrario, existen intersticios a través de los cuales se ponen en contacto y se nutren una y otra de los elementos culturales opuestos.<sup>4</sup>

En el sentido indicado es que en este trabajo se habla de “élites” y su visión subyacente al cambio social y cultural, la visión del “progreso”, concepto identificado plenamente con la modernidad. Por esta última entiendo, siguiendo lo propuesto por François-Xavier Guerra<sup>5</sup>, un imaginario social, ideas, creencias, valores y actitudes identificados con la Ilustración, esto es, un imaginario donde el individuo libre va a ocupar el papel protagónico, así como la idea del progreso o civilización y el consiguiente ensalzamiento de la ciencia o pensamiento racional y la creación de nuevas instituciones sociales y culturales.

Aquí es preciso enfatizar que “lo imaginado” por una sociedad o por un sector de ella se convierte en un factor importante para las acciones desarrolladas, orientadas a alcanzar ese mundo utópico ubicado en el futuro. En este caso se trata de la construcción de una sociedad según un molde imaginado. Los actores sociales involucrados en el proyecto promueven acciones diversas para superar los obstáculos que el presente se empeña en hacer insalvables. En esta dimensión se ubica la interpretación contenida en este trabajo: lo que aquí manejo, siguiendo a Stuart F. Voss, Cynthia Radding y Miguel Tinker Salas<sup>6</sup>, es que una utopía, matizada profundamente por la modernidad, guió el camino a través del cual se construyó la sociedad sonorenses desde el siglo XVIII hasta principios del XX.

Fue un largo camino en el que un puñado de sonorenses fueron construyendo una identidad cultural regional paralelamente a la

<sup>4</sup> Jorge González, *Cultura(s)*, México, Universidad de Colima, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 1986.

<sup>5</sup> François-Xavier Guerra, *Modernidad e Independencias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

<sup>6</sup> Stuart F. Voss, *On the Periphery of Nineteenth Century Mexico. Sonora and Sinaloa*, Tucson, University of Arizona Press, 1982; Cynthia Radding, *Wandering Peoples. Colonialism, Ethnic Spaces and Ecological Frontiers in Northwestern Mexico, 1700-1750*, Durham, Duke University Press, 1997; Miguel Tinker Salas, *In the Shadow of the Eagles. Sonora and the Transformation of the Border during the Porfiriato*, Berkeley, University of California Press, 1997.

construcción de una sociedad según su propia visión del mundo. Esta sociedad se ubicó en el futuro durante muchas generaciones, se fue moldeando poco a poco hasta que llegó a cuajar, a existir. El proyecto a través del cual fue agarrando forma tuvo contenidos económicos, políticos, sociales y culturales. Fue enfrentado, evidentemente, a proyectos (y visiones del mundo) portados por grupos antagónicos, derivando en conflictos sociales que matizaron en diferentes etapas históricas el proyecto.

### **La larga marcha hacia el progreso**

La colonización del norte de la Nueva España fue un proceso tardío, lento y azaroso, en el que la frontera se fue delimitando y ganando palmo a palmo sin que desapareciera por mucho tiempo su carácter de elástica, porosa, inasible. Los fabulosos mitos de sus grandes riquezas atrajeron a los primeros conquistadores que, desafiando mares, desiertos y montañas, fueron en pos de la riqueza rápida, del honor y de la gloria. Pero las condiciones encontradas pronto les desalentaron: no sería tan fácil conseguir que los indios de estos lugares les aceptaran voluntaria o forzosamente, ni tampoco era empresa rápida arrancar las riquezas de las entrañas de la tierra.

La espada desalentada requirió de la cruz para avasallar aquellos pueblos nómadas y bravos que hablaban fuerte y no se dejaban intimidar por caballos y arcabuces, armaduras metálicas y hombres barbados. Llegaron entonces (terminando el siglo XVI) los padres ignacianos que, ensayando en estas tierras lo que a su juicio daría mejor resultado para gloria de Dios y de la Corona, fundaron las primeras misiones que a la vuelta de varias décadas probaría ser el método más eficaz para apaciguar aquellos paganos que resultaron no ser tanto. El sistema misional, apoyado por las armas de los presidios militares, fue sumamente productivo tanto en el terreno de la evangelización como en el material, pero tuvo el inconveniente de entrar en conflicto con los colonos civiles que buscaban, también, utilizar a esos indios ahora dóciles y adoctrinados en sus empresas económicas, como la minería y la agricultura.

El añejo enfrentamiento entre colonos y jesuitas, agravado a lo largo del siglo XVIII, expresó formas distanciadas y hasta cierto punto antagónicas respecto a cómo debía avanzarse en la conquista de la vastísima zona de frontera: el sistema misional y la colonización civil. Como es bien sabido se impuso el último, gracias sobre todo al empujón formidable que recibió en el tiempo de las Reformas Borbónicas. La expulsión de los jesuitas en 1767 marcó, sin duda, el ulterior proceso histórico del Noroeste al dejar la vía libre al sistema de colonización civil que finalmente se implantó como el proyecto mediante el cual se habría de construir una sociedad todavía indefinida, sumamente moldeable, bajo los patrones diseñados por los colonos que llegaron a estas tierras con la intención de quedarse, apropiársela y hacerse dueños de la historia, sin que los padres franciscanos –que llegaron a suplir a los expulsos jesuitas– pudieran hacerles sombra o resistencia.

El modelo de sociedad fronteriza que buscaban los borbones para el Noroeste novohispano –a través de su personero el visitador José de Galvez– tenía como elementos fuertes el impulso al poblamiento (el componente europeo en la demografía regional era muy pequeño), la apropiación de las tierras hasta entonces en poder de misiones (comunidades indígenas), el establecimiento de una red de asentamientos urbanos y la definición de un sistema de administración pública (aparatos de gobierno) que vigilara los asuntos regionales y no perdiera de vista su ineludible vinculación con la Corona española.

Tal proyecto, únicamente enunciado hacia 1768 pero que paulatinamente se iría aplicando,<sup>7</sup> fue estímulo poderoso para que se incrementara sensiblemente la inmigración de españoles deseosos de impulsar la colonización en su propio provecho y en el de su Rey. Quienes arribaron al Noroeste novohispano en las últimas tres décadas del siglo XVIII, dice Stuart F. Voss, procedían mayoritariamente de la península Ibérica, de pequeños pueblos donde habían encontrado arraigo los esfuerzos borbónicos por infundir a la sociedad y la economía el “espíritu de la Ilustración”. Estos inmigrantes tenían

<sup>7</sup> Cfr. Ignacio del Río, *La aplicación regional de las reformas borbónicas en Nueva España. Sonora y Sinaloa 1768-1787*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.

bien cimentada una vocación emprendedora, una vigorosa tradición urbana y un sensible gusto por el refinamiento cultural.<sup>8</sup> Su “visión de progreso” –vigente desde finales del siglo XVIII hasta las primeras décadas del XX– contenía los propósitos de dominar las actividades económicas, dirigir los asuntos políticos además de establecer y mantener un significativo nivel de refinamiento cultural. En esta visión estuvo implícita la idea de que el desarrollo cultural se obtendría con la prosperidad económica.

Esta primera generación de “notables”, que siempre apostó al futuro para concretar su proyecto, sin descuidar el presente para ir avanzando en su logro, no tenía ningún motivo de resentimiento contra la Corona española en el tiempo en que muchos criollos novohispanos se inconformaron por algunas disposiciones reformadoras que lesionaban directamente su economía o herían su sentimiento nacionalista-patriótico, alimentado de muchos años atrás. Por el contrario, a las Reformas Borbónicas debían el haber hecho posible impulsar su proyecto de colonización e ir construyendo la sociedad del septentrión novohispano de acuerdo con su propio molde. Por este motivo los sucesos políticos de 1808 no hicieron mella en los notables sonorenses y no expresaron su patriotismo en 1810 y los años subsecuentes. Se adhirieron a la Independencia cuando fue consumada en 1821 por Agustín de Iturbide y adoptaron las nuevas reglas políticas y económicas que, ciertamente, no les resultarían tan benéficas como el apoyo que recibieron siempre de los borbones.

El ser “independientes” significó en primer lugar que desapareciera la protección brindada por la Corona a través del sostenimiento de los presidios y de las misiones franciscanas en la frontera todavía inestable. Significó también que la economía sufriera alteraciones significativas para la región (tal fue el caso del declive minero) aunque dejó francos otros espacios antes restringidos, como el libre comercio, cuyo desarrollo posterior beneficiaría grandemente a las élites. El colapso del sistema misional tuvo una doble significación: por un lado permitió a los colonos irse apropiando de tie-

---

<sup>8</sup> Stuart F. Voss, *On the Periphery*, pp. 24-32.

rras comunales,<sup>9</sup> pero por otra parte propició un relajamiento en la conducta de los indios que a la larga sería el sustento de las múltiples rebeliones ocurridas a lo largo del siglo XIX.

Sin un sistema misional en la frontera todavía dominada por indios insumisos y sin un sistema de presidios capaz de contener los frecuentes excesos de sus belicosas "naciones", no tardó en aparecer el azote apache, que tantos dolores de cabeza causara a los colonos, quienes peleaban su propia batalla por adueñarse de tierras supuestamente sin dueño. Con una economía débil, fragmentada, todavía sin rumbo; con el sistemático acoso de las naciones indias que se resistían a su dominio, con nuevas instituciones políticas a las que debían aclimatarse, las élites casi recién nacidas enfrentaban todavía un problema mayor: consolidarse como grupo hegemónico, dominante, con cohesión interna que les permitiera desvanecer su carácter de "clan local" y definir estrategias tendientes en primer término a consolidar su dominio sobre la región, para después interaccionar con el ente mayor que se estaba formando, el Estado-Nación.

Un primer asunto que debieron atender las élites regionales en el México independiente fue el de definir su propio espacio de control; los vecinos de las provincias de Sonora y Sinaloa que habían asumido el poder político se enfrascaron entonces en una contienda sobre la conveniencia de fragmentar el Estado de Occidente. Los argumentos manejados por quienes se oponían a la separación de las dos provincias se orientaron fundamentalmente a denunciar que en Sonora no existían suficientes "luces" ni riquezas como para que pudiera adquirir la categoría de estado independiente; tales argumentos fueron refutados por los sonorenses. El resultado fue que en 1830 quedaron constituidos los estados de Sonora y Sinaloa, con lo que las élites regionales vieron acotados los terrenos en que debían moverse.

Para los sonorenses la división condujo a una pugna entre los notables, confrontación que expresaba la necesidad de definir cuál de los diversos grupos locales asumiría el control político y, en último término, el proyecto para conducir una sociedad aún en forma-

<sup>9</sup> Este proceso está ampliamente tratado por Cynthia Radding en la obra ya indicada.

ción. Buena parte del siglo XIX se consumió en tal conflicto, caracterizado por los historiadores como el enfrentamiento entre liberales y conservadores. Sin embargo, no parece muy evidente que hayan existido proyectos contrapuestos, ya que los grupos enfrascados en la contienda compartían en general un proyecto similar, con matices sólo en la perspectiva de su concreción.

Rodolfo Acuña, al hacer referencia a las interminables pugnas entre grupos opositores desde la década de los treinta del siglo XIX, señala que más que enfrentarse por concepciones ideológicas divergentes, los caudillos luchaban por obtener el control del gobierno y a través de él satisfacer intereses económicos personales o de "clan"<sup>10</sup>. Para ellos los términos "liberal" y "conservador" significaban muy poco. De acuerdo con la perspectiva manejada por Gregorio Mora, al bando conservador se adhirieron los rancheros y hacendados de algunos pueblos del Rio Sonora, principalmente Ures y Arizpe, mientras los comerciantes y mineros de Álamos, Guaymas y Hermosillo se alinearon por el lado de los liberales.<sup>11</sup>

Ambos grupos estaban de acuerdo en el aspecto medular del proyecto de desarrollo económico: la abolición de la propiedad comunal indígena y el impulso a la propiedad privada; la diferencia estribaba en que los "liberales" buscaban colonizar de inmediato los valles del Yaqui y Mayo —todavía en poder de sus habitantes originarios— mientras los "conservadores" retrasaban el proceso, quizá porque las alianzas que establecían frecuentemente con los indígenas les eran indispensables para derrotar al bando opositor.

Según la apreciación de Stuart F. Voss, los notables apoyaron al caudillo Ignacio Pesqueira, que ha trascendido en la historia regional como el paradigma liberal, porque buscaban un político de inclinaciones empresariales, con experiencia militar, que pudiera traer estabilidad al estado y posibilitar la explotación de sus recursos. El proyecto que sostenían incluía aspectos como la necesidad de integrar a los indios, esencialmente como fuerza de trabajo, impulso de

<sup>10</sup> Rodolfo Acuña, *Caudillo sonoreño: Ignacio Pesqueira y su tiempo*, México, Editorial Era, 1981, p. 21.

<sup>11</sup> Gregorio Mora, *Entrepreneurs in Nineteenth Century Sonora, Mexico*, Ph. D. Dissertation, University of California, 1987.

la propiedad privada, la colonización del Yaqui y Mayo y la creación de una economía de exportación. Si bien la historiografía local registra el año de 1856 (el arribo de Pesqueira al poder político) como el nacimiento del Partido Liberal en Sonora, sería ligero concebir esta tendencia como un "partido político" sólido, bien cimentado.

Resulta pues difícil caracterizar las formas particulares que adquirieron tanto el liberalismo como el conservadurismo en Sonora, pues el proceso histórico regional había sido muy diferente al observado en el centro del país: no existía aquí una fuerte tradición monárquica ni una fuerte adherencia a la conservación de los lazos coloniales, tampoco la institución eclesiástica y el clero tenían el poder suficiente para sostener la corriente conservadora y acicatear el desarrollo y consolidación de la liberal; de hecho no existía una fuerte tradición política, pues las instituciones formales implantadas por los reformadores borbónicos apenas estaban ensayándose cuando ocurrió la Independencia, arribando con ella nuevas formas de ejercicio político.

Después de la Independencia "las relaciones políticas tenían la seguridad e intimidad de las relaciones familiares [la política] empezó a girar alrededor de los lazos familiares identificados con localidades específicas y no en torno a las clases, cuestiones específicas o a la nacionalidad."<sup>12</sup> En este sentido, las alianzas familiares serían los principales mecanismos de integración política, que primero se consiguió en el nivel municipal, un espacio sumamente local. Las élites que lograron trascender este ámbito doméstico de intereses inmediatos y capaces de manejar un modelo futuro de progreso para el estado, fueron reconocidos como "federalistas" o "liberales" y a mediados del siglo XIX asumieron finalmente el control político.

El contexto de inestabilidad política resultante de los larguísimos años de guerras civiles se ensombreció aún más debido a los devastadores efectos producidos por los continuos ataques y levantamientos indígenas. Para mediados del siglo XIX Sonora atravesaba por una situación crítica en su economía, su poblamiento y su

<sup>12</sup> Diana Balmori, Stuart F. Voss y Miles Wortman, *Las alianzas de familia y la formación del Estado en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 126-28.

integridad territorial. Si la breve estabilidad que había llegado con las Reformas Borbónicas y las expectativas por ellas alentadas habían atraído importantes flujos migratorios, incrementándose particularmente el componente "blanco" de la sociedad, mediando el siglo XIX la situación se había revertido: la mayoría de los asentamientos ubicados en la mitad norte del estado habían prácticamente desaparecido. Pueblos que habían sido prósperos en su minería, agricultura y ganadería se quedaron sin gente ante el sistemático acoso de los apaches que, aventados hacia el sur por la expansión de los Estados Unidos, encontraron en esta frontera todavía inestable y sin arraigo un campo ideal para su sobrevivencia.

De nada valieron las campañas militares oficiales a duras penas costeadas por unas arcas estatales sumamente empobrecidas; ni la defensa que hacían localmente los vecinos organizados y armados para tal efecto, ni el que se ofreciera un jugoso pago en dólares por cada cabellera apache que fuera presentada ante las autoridades militares. Nada dio resultado: los "sanguinarios caribes" —como les llamó el historiador local José Francisco Velasco— seguían con sus tropelías, ahuyentando cualquier intento de progreso económico en la vasta área por ellos asolada. Por si fuera poco, el descubrimiento de oro en California (1848) terminó de drenar la de por sí exigua población de Sonora.

Pero no fueron los apaches los únicos que hacían de la frontera, ese vasto territorio que mediando el siglo XIX no conocía todavía límites precisos, una área sumamente inestable, inhabitable. Había otros muchos intereses puestos en ella. La independencia de Texas y la guerra de México contra Estados Unidos (1846) hicieron a este último país poner más cuidado en las potencialidades que encerraba el norte mexicano y lo que significaría extenderse territorialmente. El Tratado de Guadalupe Hidalgo (1848) mediante el cual se puso fin al conflicto bélico cercenó, como sabemos, casi la mitad de México, metiendo a las entidades federativas del norte en una nueva y contradictoria dinámica.

Para el caso de Sonora los nuevos límites fronterizos fueron establecidos en el Rio Gila, al norte de Tucson. No obstante, la frontera estaba militarmente desprotegida —y casi despoblada— por lo que,

debido a la "fiebre del oro" en California, el territorio sonorense empezó a ser surcado por los buscadores del preciado metal en su camino al oeste. La potencialidad económica del suroeste norteamericano hizo ver al gobierno de Estados Unidos la conveniencia de construir un ferrocarril a California, por lo que le propusieron al presidente Santa Ana la compra de una porción de territorio perteneciente a Sonora conocido como La Mesilla. La venta se oficializó a través del convenio conocido como *Gadsden Purchase* (1853).<sup>13</sup>

La frontera también despertó la codicia de muchos extranjeros que, atraídos por la riqueza de Sonora, buscaron obtener su tajada. Hubert H. Bancroft señala al respecto: "Stories of the precious mountains of Sonora, the gold nuggets of the Gila, and the silver bullets of the apaches, so current on the Mexican border, found ready acceptance among this class of fortune-hunters, who dreamed only of sudden and easy acquisitions."<sup>14</sup>

El acoso extranjero fue sistemático durante la década de 1850: Joseph C. Morehead, William Walker, Charles Pindray, el conde Rousset-Boulbon y Henry Crabb organizaron bien pertrechadas expediciones con intenciones supuestamente colonizadoras, aunque el propósito último era repetir la experiencia texana. Tan amargas experiencias pusieron en situación de alerta a los sonorenses y les llevaron a reflexionar sobre dos asuntos: su vinculación al Estado-Nación y sus propios proyectos colonizadores. En referencia al primer aspecto, Miguel León-Portilla afirma que la continua amenaza filibustera provocó que los mexicanos del noroeste asumieran una actitud de permanente defensa y desarrollaran una profunda convicción de su nacionalidad.<sup>15</sup>

Se refrendó entonces un sentido de pertenencia a México, a la nación mexicana, esencialmente por el peso que se sentía de la amenaza exterior. No obstante, para todo ese tiempo fueron constantes las quejas de los sonorenses contra el "supremo gobierno", a quien

<sup>13</sup> Anna Mae Giese, *The Sonoran Triumvirate: Preview in Sonora, 1910-1920*, Ph. D. Dissertation, University of Florida, 1975, pp. 30-40.

<sup>14</sup> Hubert H. Bancroft, *History of the North Mexican States and Texas 1801-1889*. Vol. II, San Francisco, The History Company Publishers, 1889. p. 637 y sigs.

<sup>15</sup> Miguel León-Portilla, "The Norteño Variety of Mexican Culture: an Ethnohistorical Approach" en Edward Spicer y Raymond Thompson (eds.), *Plural Society in the Southwest*, New York, Weatherhead Foundation, 1972.

se enjuiciaba por no tender la mano a uno de sus vástagos, el estado fronterizo de Sonora, tan necesitado de apoyo para poder repeler y enfrentar los múltiples peligros que le acosaban, principalmente la amenaza de los indios yaquis y apaches, así como el constante acecho que sufría su integridad territorial.<sup>16</sup> Tal ánimo prevaleciente entre los sonorenses se expresó en una editorial publicada por el periódico oficial *La Estrella de Occidente* el 19 de agosto de 1858:<sup>17</sup> “¡Pobre Sonora!. Todos los elementos del infortunio conspiran para arruinarte; por doquier oyes amenazas terribles contra tu existencia política. La madre patria ha sido para ti una madrastra, y en el principal Poder Ejecutivo de la Nación sólo has visto mercaderes preocupados por vender el territorio nacional, pedazo a pedazo. ¿A dónde volverás los ojos, pobre Sonora?”

Por otra parte, el acoso del exterior también obligó a las élites a repensar las estrategias de colonización. El problema del poblamiento en esta zona fue endémico durante toda la colonia y el siglo XIX. El acometimiento sobre las tierras comunales de los indios tropezó entonces con muchas dificultades pues sin gente que las trabajara y orientara su producción al mercado, nada se podía hacer. En las primeras décadas del siglo XIX la expectativa de las élites sonorenses se expresó en el propósito de alentar la inmigración de hombres “de luces” provenientes de otras partes del país; sin embargo las condiciones inestables en que se encontraba la región no hicieron prosperar tales propósitos.<sup>18</sup>

Para los años cuarenta, las élites convencidas de que sin recursos financieros no podrían detener las incursiones apaches, promovieron la creación de colonias de extranjeros. Confiaban en que una mayor población generaría crecimiento comercial, revitalizaría la minería y expandería la agricultura. La colonización tendría entonces un doble propósito: proteger la frontera de las intenciones expansionistas de Estados Unidos y reponer la población que había

<sup>16</sup> Véase por ejemplo José Francisco Velasco, *Noticias estadísticas del Estado de Sonora. (1850)*, Hermosillo, Gobierno del Estado de Sonora, 1985.

<sup>17</sup> Citada en Rodolfo Acuña, *Caudillo sonorenses*, p. 81.

<sup>18</sup> Ver Ignacio Zuñiga, *Rápida ojeada al Estado de Sonora, 1835*, Hermosillo, Gobierno del Estado de Sonora, 1982.

abandonado Sonora.<sup>19</sup> Las autoridades locales dictaron decretos para promover la inmigración (particularmente de franceses) aunque tampoco tuvieron mucho efecto. Pero en los años cincuenta y debido a las sistemáticas ofensivas de extranjeros tratando de apoderarse del territorio sonorense, se descartó la posibilidad de atraer inmigrantes de fuera, por lo que la colonización (en la frontera y en las tierras de los indios yaquis y mayos) debió esperar a la llegada del porfiriato.

El ciclo del hostigamiento extranjero se cerró con la intervención francesa (1862), iniciándose desde entonces la amenaza de ocupación del territorio sonorense, lo que ocurrió tres años después (julio de 1865), fecha en que los liberales fueron derrotados militarmente por los invasores con el apoyo de los conservadores (todavía al acecho) que se adhirieron a la causa del Imperio, causa también defendida por los indios sonorenses. La ocupación (y la guerra en territorio estatal) duró poco más de un año; los principales "traidores" fueron severamente castigados con la muerte o con la confiscación de sus bienes.<sup>20</sup> Al término de la guerra el Estado (por conducto de Ignacio Pesqueira) reemprendió el impulso al desarrollo económico interrumpido por la intervención.<sup>21</sup>

Pero si las facciones conservadoras se habían aplacado y aceptado la nueva situación republicana, con los indios no ocurrió lo mismo. Para ellos —principalmente para los yaquis<sup>22</sup>— era irrelevante la forma de gobierno o práctica política que los mexicanos asumieran o aceptaran. Lo que buscaban era lograr el respeto para sus propias naciones, esto implicaba en primer término la defensa de su territorio y la autonomía requerida para manejar y decidir inter-

<sup>19</sup> Gregorio Mora, *Entrepreneurs in Nineteenth*, pp. 103-4.

<sup>20</sup> Un tratamiento profundo sobre el tema lo realizó Zulema Trejo en su Tesis para obtener la Licenciatura en Historia: *De La Pasión a Guadalupe. El Segundo Imperio en Sonora, 1865-1866*, Hermosillo, Universidad de Sonora, abril de 1999.

<sup>21</sup> Francisco T. Dávila, *Sonora histórico y descriptivo*, Nogales, Tipografía R. Bernal, 1894, pp. 83-113; Stuart F. Voss, *On the Periphery*, pp. 173-177, asegura que la economía sonorense se había expandido desde los últimos años de la década de los 60 y principios de la siguiente, debido a los nuevos mercados en Arizona y California, que habían movilizado los capitales locales para hacer productiva la tierra e iniciar la industria.

<sup>22</sup> Para el caso de los Yaquis véase el trabajo de Evelyn Hu de Hart "Peasant Rebellion in the Northwest: the Yaqui Indians of Sonora, 1740-1976" en Friedrich Katz (ed.), *Riot, Rebellion and Revolution. Rural Social Conflict in Mexico*, New Jersey, Princeton University Press, 1988.

namente sus propios asuntos sin intervención de las autoridades republicanas (federales o estatales), así como el derecho a seguir conservando sus prácticas culturales.

Si, como he reconocido anteriormente, a cualquier proceso de construcción de una identidad cultural le es inherente el conflicto como consecuencia del enfrentamiento de visiones opuestas, diferenciadas, durante el siglo XIX (cuando menos hasta 1880) "el otro" que debieron enfrentar las élites sonorenses para definir "lo propio", fueron los indios. A lo largo de la centuria los notables manejaron la idea de "civilizar" a los diversos grupos indígenas establecidos en el estado<sup>23</sup> (no todos igual de peleoneros, por cierto) mediante la práctica de varias estrategias, como la ocupación de las tierras comunales (para que los indios "aprendieran" de sus vecinos las reglas y valores de la civilización), la re-evangelización a través de misioneros, la educación y finalmente el dominio a través de las armas.

Ninguna de las estrategias pudo instrumentarse cabalmente, aunque los intentos siguieron haciéndose pues la fuerza de trabajo indígena era fundamental para lograr el progreso económico. Sin embargo, los indios continuaron con las armas en la mano durante toda la centuria, excepto quizá los ópatas, que entraron al mundo "civilizado" desvaneciéndose como grupo étnico diferenciado aunque su resistencia cultural se expresó de otras formas.<sup>24</sup> Para el caso de los yaquis la condición de "alzamiento" se prolongó aún más allá de los límites decimonónicos.

Desde la perspectiva planteada, para el siglo XIX se observa la existencia de dos sociedades sonorenses excluyentes: la de los blancos o mestizos ("gente de razón" se le llamó en su tiempo) y la de los indios ("hombres feroces y brutales, sin luces, sin freno y sin educación"<sup>25</sup>) diseminados por todo el territorio. El mestizaje, se-

<sup>23</sup> Los apaches, por supuesto, no quedaron incluidos dentro de los grupos étnicos susceptibles de ser "civilizados".

<sup>24</sup> Cynthia Radding presenta un análisis riguroso sobre el cambio cultural experimentado por este grupo indígena.

<sup>25</sup> Así se expresó de los indios sonorenses el viajero Vicente Calvo en su obra *Descripción política, física, moral y comercial del departamento de Sonora, en la República Mexicana*, Manuscrito inédito, 1843.

gún aprecian algunos investigadores, tuvo poco éxito en el noroeste. Bancroft por ejemplo asegura que la absorción de la "raza aborigen" por los blancos fue afectada por varios factores, tales como el menor desarrollo cultural de los indios, su mayor independencia y las disposiciones de los misioneros jesuitas que buscaron mantener alejados a los españoles de los pueblos de indios. Miguel León Portilla reconoce también que el ethos del norteño se ha delineado en un ambiente de aislamiento respecto del mundo indígena y en una actitud de confrontación y peligro.<sup>26</sup>

Los indios, pues, conservaban todavía para el siglo XIX un carácter esencialmente nomáda -viven errantes, dijo Vicente Calvo, sin ley ni política interior, "transportando sus ajuares y familia, del llano al monte y del monte al llano"- y disputaban mediante las armas el control de los territorios cuya propiedad reclamaban aduciendo derechos ancestrales y manteniendo esos territorios inaccesibles para el asentamiento de los "mexicanos". Pero ¿cómo era en Sonora la sociedad "blanca, civilizada" mediando el siglo XIX? Miguel Tinker maneja una visión bastante clara del asunto: Sonora contaba con una población pequeña asentada en escasas pero bien establecidas áreas urbanas, aunque con poco contacto entre ellas. Como ya se ha indicado, la economía y las nacientes instituciones políticas eran dominadas por un influyente grupo de notables donde se incluía un significativo número de extranjeros.

El carácter refractario de los indios y su resistencia a ser conquistados habían desalentado el proceso de mestizaje e incrementado la práctica de normas culturales de origen hispánico. La baja población aseguró la uniformidad en los valores culturales y la conservación de una forma de vida tradicional. No obstante existir una obvia diferencia entre clases sociales, los diversos grupos de blancos y mestizos compartieron normas y costumbres similares. Los tempranos patrones de consumo de las élites estuvieron definidos por las importaciones de productos británicos y franceses, que influyeron sobre todo en el vestir y el comer. El difícil acceso a la educación obligó a las familias de notables a enviar a sus hijos a Espa-

<sup>26</sup> Miguel León-Portilla, "The Norteño Variety", pp. 109-110.

ña, Francia o la ciudad de México a ilustrarse, reforzándose por medio de la educación la influencia europea. Esta sociedad de mediados de siglo participaba de fiestas y celebraciones públicas: teatro, funciones de circo, eventos musicales, carnaval, corridas de toros y peleas de gallos. También participaban en fiestas de origen religioso como la navidad (que se celebraba con pastorelas y posadas) o las fiestas de los santos patronos de los pueblos.

Dado que los habitantes confrontaban las mismas condiciones duras de vida en la frontera, la diferenciación entre los grupos sociales tendía a ser sutil, leve, existiendo entonces una cierta uniformidad en las preferencias culturales. Pero esto no significa reconocer la existencia de una "identidad sonorensis" distintiva para casi todo el siglo XIX, dado que la mayoría de los asentamientos constituían entidades aisladas y con escaso contacto entre sí. Tinker advierte entonces la existencia de identidades múltiples: la de los pueblos serranos, la del "desolado distrito norte", la costa y los valles, además de las también variadas formas culturales custodiadas por los grupos indígenas. La definición de "una" identidad cultural regional, nos dice este autor, tendría concreción hasta el porfiriato.

La década de los setenta del siglo XIX estuvo marcada por la inestabilidad política: una fuerte oposición a Ignacio Pesqueira, quien había monopolizado el poder Ejecutivo por un lapso de veinte años, expresada en los ambientes electorales y en los campos de batalla (las disputas políticas entre las élites se seguían arreglando con las armas), puso fin a su larga dictadura en 1876 con la llegada del general Vicente Mariscal, enviado por el gobierno federal para apaciguar a los levantiscos sonorenses. Pero los intereses políticos del general pronto entraron en conflicto con las expectativas políticas de nuevas figuras, entre ellas Luis Emeterio Torres, Ramón Corral y Rafael Izábal, quienes, alentados por su cercanía con el triunfante Porfirio Díaz, se hicieron dueños del poder político en 1879.<sup>27</sup>

<sup>27</sup> Delmar Beene, *Sonora in the Age of Ramon Corral, 1875-1889*, Ph. D. Dissertation, University of Arizona, 1972.

## La Sonora progresista

A este pequeño grupo que se hizo del poder iniciando la década de 1880 y que luego sería conocido como el "triumviro" podemos ubicarlo dentro de la corriente que sería dominante en el porfiriato, la positivista, cuando menos por un aspecto presente en ellos: buscaron afanosamente el orden social como condición indispensable para arribar al progreso.<sup>28</sup> No fueron académicos ni grandes teóricos sino reverenciadores de aquellos elementos que denotaran "civilización", que para ellos significaba dos cosas: refinamiento cultural y desarrollo económico.

Para conseguir la paz desarrollaron dos estrategias: contra los indios las armas y contra los opositores políticos, tan acostumbrados a armar "revoluciones", un cerrado y excluyente sistema de poder que por varios medios permitía obtener beneficios del progreso económico. El desarrollo del estado implicó por una parte un programa de puertas abiertas al capital extranjero y un nuevo esquema de alianzas con las élites económicas locales. Ambas búsquedas, la paz y el progreso, quedaron enmarcadas dentro de los más anchos límites nacionales y coincidieron con lo que Porfirio Díaz buscaba para el país en su conjunto. Por eso en Sonora tuvo colaboradores fieles, sumisos y con bastante iniciativa para actuar en los ámbitos de la entidad federativa.

El primer gran proyecto para avanzar en la ruta del progreso fue el establecimiento del ferrocarril; la construcción de las vías férreas fue iniciada en 1880 por capitalistas norteamericanos, partiendo de Guaymas hacia Nogales, en la frontera con Estados Unidos, a donde llegó dos años después conectándose con el Southern Pacific Railroad en Benson Arizona.<sup>29</sup> El ferrocarril impactó de inmediato las actividades comerciales al movilizar mercancías importadas que arribaban por mar a Guaymas, así como productos agrícolas de las

<sup>28</sup> Sobre la caracterización del positivismo mexicano véase Leopoldo Zea, *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984; y Charles Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Editorial Vuelta, 1991.

<sup>29</sup> Anna Mae Giese, *The Sonoran Triumvirate*, p. 57.

haciendas adyacentes a la vía férrea que se exportaban hacia California y Arizona.

Pero sin duda el mayor impacto económico del ferrocarril fue el impulso dado a la actividad minera, pues empezaron a fluir con mayor dinamismo los capitales extranjeros indispensables para la inversión en esta rama. Grandes empresas mineras se asentaron en Sonora a partir de la década de los ochenta, algunas de las cuales ya habían incursionado en los centros mineros de Arizona, que por el mismo tiempo estaban abriéndose. Uno de los primeros proyectos de gran envergadura fue el de Minas Prietas-La Colorada, cuyo inicio se remonta al año de 1889. Después vendrían la Cananea Consolidated Copper Company y la Moctezuma Copper Company, esta última establecida en Nacozari. Para 1903 las empresas mineras en Sonora empleaban alrededor de 12,500 trabajadores.<sup>30</sup>

Además de incidir favorablemente en el desarrollo económico, el ferrocarril fue también el factor que alteraría el patrón demográfico de la entidad, cuyos problemas de poblamiento eran crónicos. El mismo establecimiento de las vías férreas requirió de un gran número de trabajadores,<sup>31</sup> lo mismo aquellas otras actividades que estaba ayudando a impulsar, particularmente la minería. De 1880 a 1900 la población creció en un 92% (ver cuadro 1) concentrándose

138

Cuadro 1

ESTADO DE SONORA. POBLACION (1845-1910)	
AÑO	POBLACION
1845	85,564
1864	147,133
1870	130,958*
1880	115,424
1889	142,000
1891	165,932
1895	189,148
1900	221,682
1910	265,383

\*De este total Pérez Hernández estima que 22,500 eran indígenas. Fuentes: José Francisco Velasco, Rodolfo Acuña, José María Pérez Hernández, Gregorio Mora, Hubert H. Bancroft y Héctor Aguilar Camín, autores cuyas obras se citan en este trabajo.

<sup>30</sup> Gregorio Mora, *Entrepreneurs in Nineteenth*, p. 356.

<sup>31</sup> Miguel Tinker, *In the Shadow*, p. 134, señala que para 1883 la empresa ferroviaria tenía 1949 empleados (644 mexicanos, 810 yaquis y 475 norteamericanos).

en los distritos de Arizpe y Moctezuma, aquellos donde se ubicaron los más importantes centros mineros (ver cuadro 2).

Cuadro 2

**ESTADO DE SONORA. POBLACION POR DISTRITOS (1891-1910)**

DISTRITO	1891	1895	1900	1910
Alamos	43,346	50,667	57,837	59,519
Hermosillo	21,930	27,922	32,562	31,117
Guaymas	15,808	18,880	28,070	38,130
Ures	27,538	25,812	25,594	24,789
Arizpe	10,784	13,317	18,261	35,323
Sahuaripa	11,433	11,430	12,955	13,088
Moctezuma	10,979	13,621	17,066	28,015
Magdalena	10,994	13,510	15,568	20,963
Altar	13,120	13,989	13,229	14,439
Totales.	165,932	189,148	221,682	265,383

Fuente: Héctor Aguilar Camín, *La Frontera Nómada. Sonora y la Revolución Mexicana*.

Durante las dos últimas décadas del siglo XIX se empezó a conformar lo que pudiéramos llamar un nuevo mapa urbano en Sonora. A principios de la centuria las "ciudades" de Arizpe, Ures y Alamos figuraban entre las más importantes del estado, empezando a descollar Guaymas y su desarrollo comercial por la apertura del puerto en 1824 y Hermosillo por su privilegiada ubicación geográfica que le permitía ser el centro distribuidor de las mercancías que arribaban por Guaymas. Ambos centros económicos pronto opacaron a los pueblos de más tradición, sumándose al dinamismo económico de finales de siglo las nuevas ciudades que albergaron a la población recién arribada al estado, como Minas Prietas-La Colorado, Cananea, Nacozari, Nogales y Navojoa.

Hubo distritos poco favorecidos por las abundantes inmigraciones registradas durante las dos últimas décadas del siglo XIX y

la inicial del XX. Un caso singular es el distrito de Ures que en lugar de ganar población la perdió. Ures había sido un pueblo bastante importante debido a que desde 1838 fue el asiento de los poderes políticos del estado y en su territorio se ubicaban prósperas haciendas agrícolas. Recogió también, mediando el siglo XIX, la población desalojada de los distritos norteños por los ataques apaches.<sup>32</sup> No obstante ser la capital del estado, el desarrollo urbano de Ures fue bastante pobre.<sup>33</sup> En esta ciudad (así como en Alamos) se establecerían los primeros centros educativos del estado, ganando sus habitantes una cierta fama de "ilustrados". En 1879 la capital fue trasladada a la ciudad de Hermosillo debido a la iniciativa de los diputados Ramón Corral y Carlos R. Ortiz, iniciando ese año el paulatino declinar para la ex capital y para su distrito. No obstante su antiguo esplendor, Ures quedaría fuera del progreso porfirista y, según la apreciación de Héctor Aguilar Camín, sería asiento de "una oligarquía resentida, postergada, anhelante si no de una revancha, si de un lugar en el estrado".<sup>34</sup>

140

Sahuaripa fue otro de los distritos que no se involucró en el progreso porfirista, no obstante contar con reconocidas riquezas mineras. Fuera de la empresa La Trinidad Ltd. explotada con capital inglés, no se establecieron otras compañías que alteraran dramáticamente el patrón demográfico. Para 1894 Sahuaripa tenía una población de 3,000 habitantes mientras el pueblo minero de La Trinidad contaba con 3,315.<sup>35</sup> De 1891 a 1910 la población del distrito únicamente creció en un 14%. Altar tampoco participó del desarrollo económico y poblacional del porfirato, su población sostuvo un ritmo lento de incremento, alrededor del 10%. La cabecera del distrito contaba para 1894 con 2,697 habitantes mientras el pueblo que le seguía en importancia, Pitiquito, contaba con 2,559. Los asentamientos humanos que formaban parte de esta demarcación

<sup>32</sup> Rodolfo Acuña, *Caudillo sonoreño*.

<sup>33</sup> José María Pérez Hernández, *Geografía del Estado de Sonora*, México, Tipografía del Comercio, 1872, p. 75.

<sup>34</sup> Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada. Sonora y la revolución mexicana*, México, Cal y Arena, 1997, p. 143.

<sup>35</sup> Francisco T. Dávila, *Sonora histórico y descriptivo*, Nogales, Tipografía R. Bernal, 1894.

política eran en su mayoría antiguos pueblos de misión fundados a fines del siglo XVII, la actividad principal que se desarrollaba en ellos era la ganadería y en menor escala la agricultura. Todos ellos quedaron muy alejados del camino por donde se movía "el caballo de hierro" y los capitales extranjeros, quedando enclavados dentro de las actividades tradicionales.

El de Alamos, uno de los distritos más poblados del estado, tuvo un importante incremento poblacional en el periodo de 1891 a 1910 conociendo un aumento del 41% en dicho lapso. No obstante, entre los asentamientos que lo integraron podemos advertir comportamientos diferenciados. Por ejemplo su cabecera, la altiva y orgullosa ciudad de Alamos, era una de las de más tradición en el estado y de las muy escasas (como Arizpe) que podían presumir de su pasado colonial. Gracias a su riqueza minera, Alamos fue uno de los primeros centros poblacionales estables en la provincia de Sonora durante la dominación española, finalizando el siglo XVIII era el más próspero de los pueblos y fue el asiento de notables empresarios mineros. Aquí las familias vivían refinadamente, lucían modas europeas y tenían lujosas y sólidas mansiones.<sup>36</sup>

141

Para mediados del siglo XIX sus glorias mineras se habían desvanecido pero seguía desempeñando un importante papel en la política y en la cultura del joven estado de Sonora, encontrando asiento allí gran parte de los liberales que prestaron su apoyo al caudillo Ignacio Pesqueira. Para ese tiempo contaba con 6,000 habitantes, población que había podido mantener gracias a que estaba lejos de las incursiones apaches, no obstante estar enclavado en las fronteras del río Mayo. Alamos fue una de las pocas ciudades sonorenses que desarrollaron tempranamente un sólido sistema educativo, lo cual constituía uno de los mayores orgullos de sus moradores, que se preciaban de ser portadores de una gran ilustración.

Pero al decaer la actividad minera en Alamos, declive que llegó con la Independencia, la aristocrática ciudad colonial no volvería a recuperar glorias idas. Su añeja estabilidad y refinamiento contras-

<sup>36</sup> Gregorio Mora, *Entrepreneurs in Nineteenth*, p. 39.

taría con otras poblaciones que dentro del mismo distrito nacieron en las últimas décadas del siglo XIX, orientadas a la agricultura comercial en los fértiles terrenos que finalmente se habían arrebatado a los indios mayos. Uno de estos nuevos pueblos fue Navojoa, corazón de la zona agrícola del valle del Mayo que tuvo uno de los incrementos demográficos más altos del porfiriato: en 1884 el municipio tenía 1,334 habitantes, para 1910 el número se había incrementado a 10,882. Junto con Etchojoa y Huatabampo, otros dos importantes centros agrícolas en el mismo valle, Navojoa captó casi dos terceras partes de la gente que arribó al distrito de Álamos en ese período. Fue punto de paso del Southern Pacific Railroad en su marcha hacia el sur, en 1907.

De los distritos que resultaron favorecidos e involucrados en el desarrollo económico del porfiriato señalaré primero el de Magdalena, cuya cabecera (la villa del mismo nombre) ubicado a la orilla del río San Ignacio, era “un pueblo de poca importancia antes de la adquisición de Arizona por los Estados Unidos y conocido sólo por sus ferias anuales y por su posición expuesta a los ataques de indios y apaches”.<sup>37</sup> Por su privilegiada ubicación en la ruta de tráfico entre Sonora y Arizona, Magdalena conoció una temprana prosperidad. Su población se estimaba en 2,350 habitantes para 1894.

En el distrito de Magdalena quedó ubicada la villa de Nogales, establecida cuando principiaba la década de 1880, al instalarse en ese punto un tendajón de lona que servía de albergue a los empleados federales de la Aduana. Con la llegada del ferrocarril a la frontera con Estados Unidos en 1882 su población creció rápidamente y dos años después fue elevada a la categoría de municipio.<sup>38</sup> Para 1894 contaba con 1,600 habitantes y tenía ya un respetable edificio aduanal, dos escuelas para varones y una para niñas, una cárcel construida de “piedra cantera, de bóveda y con puertas de fierro”.<sup>39</sup> Para 1905 tenía ya el aspecto “de una ciudad moderna, con muy bonitos edificios” y era testigo de un tráfico comercial importante.

<sup>37</sup> Charles P. Stone, *Notas sobre el Estado de Sonora*, Washington, Imprenta Henry Palkinhorn, 1861, p. 14.

<sup>38</sup> Delmar Beene, *Sonora in the Age*, p. 158; Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada*, pp. 14-45.

<sup>39</sup> Francisco T. Dávila, *Sonora histórico*, pp. 303-306.

El distrito de Guaymas albergó, durante el porfiriato, la disputada región del valle del Yaqui. El puerto fue el corazón de este distrito y conoció una accidentada historia poblacional. Pensado desde finales del siglo XVIII como la alternativa más prometedora para que la provincia de Sonora dejara atrás su aislamiento del resto de la Nueva España, la habilitación del puerto se retrasó hasta después de consumada la independencia. En 1823 el incremento de las actividades comerciales ameritó el establecimiento de una aduana y al siguiente año el gobierno nacional ordenó el establecimiento del puerto, que para 1859 tenía ya categoría de ciudad. Desde la década de los treinta algunos notables sonorenses habían establecido importantes casas comerciales, por esos años también llegaron empresarios de Alemania, Francia, Inglaterra, España y Estados Unidos, reforzando uno de los grupos de comerciantes más dinámicos del estado, cuyo papel en la economía y la política sería destacado.<sup>40</sup>

Aunque en ese tiempo algunos factores limitaban el desarrollo comercial de Guaymas, como la escasa población, los pobres caminos, las inadecuadas condiciones del puerto, las inestables condiciones políticas y el persistente descontento indígena, el puerto se fue consolidando como una de las ciudades más dinámicas del estado de Sonora. Para 1843 un viajero se expresó así de Guaymas: "está edificada sobre un terreno escabroso, angosto y desigual, cercado de cerros, sin figura de calles, sin un río que bañe sus inmediaciones, ni nada que tenga apariencia de un pueblo culto... Sólo el incentivo poderoso de la plata pudo inducir a los hombres a reunirse en aquel lugar. Su aspecto es melancólico y árido. Sus alrededores presentan una perspectiva de desolación. Sin embargo el puerto prospera de una manera sorprendente y continua".<sup>41</sup>

Con 5,000 habitantes hacia 1894, el aspecto de la ciudad ya era elegante: contaba con una agradable plaza, escuelas, palacio, hospital y una nueva cárcel que era "una Bastilla en miniatura". No obstante el clima difícil del puerto y la escasez de agua potable, para

<sup>40</sup> Gregorio Mora, *Entrepreneurs in Nineteenth*, pp. 54-59.

<sup>41</sup> Vicente Calvo, *Descripción política*, pp. 33-34.

1910 el distrito contaba con 38,130 habitantes. Sin duda también en el incremento poblacional registrado en el distrito de Guaymas deben contarse los colonos, muchos de ellos integrantes de los ejércitos que tenían como objetivo vencer la resistencia indígena, que se asentaron en las tierras del Yaqui y que poco a poco fueron conformando pueblos de blancos, como Cócorit y Vicam.

En términos de tasas demográficas, el distrito de Hermosillo no observó crecimientos espectaculares durante el porfiriato como otras zonas del estado: de 1891 a 1910 su población solo creció el 41%. No obstante, aquí se ubicaron los principales capitales comerciales y agrícolas y desde 1879 fue también asiento de los poderes políticos. Las primeras décadas del siglo XIX, particularmente después de la Independencia, registraron un considerable incremento poblacional en este centro que desde entonces se perfilaba como uno de los más importantes del estado. Rápidamente esta ciudad se convirtió en el mayor centro económico y cultural, al tiempo que ganaba fuerza política.<sup>42</sup> Para 1860 tenía alrededor de 20,000 habitantes según Rodolfo Acuña.

144

Ya casi para finalizar el siglo XIX el desarrollo urbanístico de Hermosillo era notable: tenía una espaciosa plaza de armas que, en belleza, podía competir con la de Guadalajara, según Francisco T. Dávila; al este de la plaza se había construido el palacio de Gobierno, “soberbio edificio de sólida y elegante construcción... al oeste está la catedral con sus altas torres y alrededor hay bonitas y pintorescas residencias particulares”. Contaba además con otros “magníficos edificios” como el Colegio Sonora, el Hospital y la cárcel pública.<sup>43</sup>

El ambiente urbano sólido, estable y permanente que caracterizó a la ciudad de Hermosillo no fue compartido por otros centros poblacionales de ese distrito que crecieron gracias al desarrollo de

<sup>42</sup> Gregorio Mora, *Entrepreneurs in Nineteenth*, p. 116; Vicente Calvo, *Descripción política*, p. 107 y Charles P. Stone, *Notas sobre el Estado*, pp. 6-7 también se ocupan de describir el aspecto urbano de Hermosillo, coincidiendo su apreciación respecto a las casas de los ricos hermosillenses de ese tiempo, que según Stone eran “espaciosas, agradablemente construidas y ricamente amuebladas”. Rodolfo Acuña, *Caudillo sonorense*, p. 90, por su parte, asegura que la ciudad reflejaba “el buen gusto de sus habitantes”.

<sup>43</sup> Francisco T. Dávila, *Sonora histórico*, pp. 280-281.

la actividad minera. Tal fue el caso de Minas Prietas-La Colorada,<sup>44</sup> que para 1880 ni siquiera aparecía en los censos mientras que para 1890 tenía 2,902 habitantes, aumentando cinco años después a 5,604. La composición de su población nos da una idea de la forma en que se configuraron los pueblos nuevos en la Sonora porfirista: convivían allí yaquis y sonorenses mestizos, mexicanos procedentes de Jalisco, Chihuahua, Durango, Sinaloa y Baja California. Existían además estadounidenses, chinos, italianos, ingleses y franceses.

En estos pueblos nuevos, además, se desvanecía el tradicional esquema urbano de los pueblos con raíz hispánica. El comercio estaba controlado por chinos y mexicanos. Para 1899 en Minas Prietas había 46 establecimientos donde se expendía licor, incluidos cantinas y tendejones, que usualmente eran estructuras rústicas de madera o tiendas provisionales. 31 mujeres controlaban pequeños comercios, salones, burdeles y cantinas; proliferaron las "casas de mala nota" que en ese poblado no se les tenía en ese concepto porque, según lo registrado por Miguel Tinker, era común que los trabajadores se casaran con mujeres de ese medio. En este pueblo la violencia era el ingrediente cotidiano, provocada por la discriminación racial y los conflictos culturales; los crímenes eran de distinto tipo pero siempre frecuentes.

Por otro lado, los distritos que por su importancia minera concentraron el mayor incremento poblacional de 1891 a 1910 fueron Arizpe y Moctezuma: el primero, que hasta 1894 estuvo integrado por pequeños pueblos ganaderos, incluyó Cananea, lo que fue decisivo para que su población creciera en un 227% en el lapso indicado. El segundo, formado por pueblos que en su mayoría no pasaban de mil habitantes, conoció un incremento poblacional del 155%, al quedar incluido el pueblo minero de Nacozari crecido al amparo de la Moctezuma Copper Co. Para 1910 el pueblo contaba con 4,000 habitantes, y la compañía, dueña del ferrocarril Nacozari-Agua Prieta (Douglas Ariz.), había instalado una biblioteca pública, un hospital, una escuela, incluso había construido la iglesia y por supuesto

<sup>44</sup> La información para Minas Prietas se toma de Miguel Tinker Salas, *In the Shadow*, pp. 180-197.

las viviendas de los trabajadores. Pagaba el salario de los obreros, del comisario, de los maestros de la escuela y el de la policía.<sup>45</sup> En 1906 la Moctezuma tenía contratados 400 obreros mientras Cananea tenía 7,560.

El distrito de Arizpe, por su parte, conoció los extremos de la historia poblacional de Sonora: mientras la cabecera del distrito llegó a fines de siglo al punto más bajo de su declinar, un pueblo nuevo emergía y pronto llegaría a ser el estereotipo del progreso económico: Cananea. Arizpe tuvo una destacada importancia política en las últimas décadas del siglo XVIII, cuando fue declarada capital de la Intendencia de Sonora y Sinaloa (1776) gracias a su ubicación estratégica para defender la frontera. Su declinar inició con la Independencia: para 1820 "sus edificios, entre los mejor construidos y ornamentados de la frontera norte, estaban en ruinas y sólo quedaban vestigios de la anterior riqueza y elegancia".<sup>46</sup> Su población, que en la época colonial había llegado a ser de 5,000 habitantes, se había reducido a 2,000 en 1820 y a la mitad hacia 1850,<sup>47</sup> en gran medida porque había perdido su presencia política (la capital del estado se trasladó a Ures en 1838) pero sobre todo por los frecuentísimos ataques apaches. Ya al cerrar su ciclo el siglo XIX, Arizpe estaba muy lejos de su antiguo esplendor: contaba con 1,200 habitantes, dos escuelas, no tenía mas edificio público que la cárcel y una iglesia muy deteriorada, que en su época debió haber sido el orgullo de la ciudad.

Un panorama muy diferente era el que empezaba a tener Cananea. El coronel William C. Green empezó a construir su emporio minero en diciembre de 1896, tres años después constituyó la Cananea Consolidated Copper Co.<sup>48</sup> En un lapso brevísimo Cananea se llenó de gente, la mayor parte de los cuales fueron contratados como obreros; Green adquirió los terrenos alrededor de las minas y construyó "su" pueblo: financió la construcción de edificios cívicos

<sup>45</sup> Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada*, p. 151.

<sup>46</sup> Rodolfo Acuña, *Caudillo sonorense*, p. 26.

<sup>47</sup> Charles P. Stone, *Notas sobre el Estado*, estima que para 1860 Arizpe, devastado por los apaches, escasamente contaría con "600 almas".

<sup>48</sup> Anna Mae Giese, *The sonoran Triumvirate*.

cos, tiendas, banco, hospital, escuela, rastro, lavandería, planta de hielo, servicio de agua potable, hoteles, panaderías, cantinas y también ayudó al levantamiento del templo católico. En 1901 el *company town* adquirió la categoría de municipio, sin duda uno de los más dinámicos del distrito de Arizpe. El ritmo de crecimiento demográfico de Cananea fue impresionante (ver cuadro núm. 3).

Cuadro 3  
Cananea. Población 1891-1910

AÑO	POBLACION
1891	100
1900	891
1905	20,000
1910	14,841

Fuentes: Héctor Aguilar Camín, *La Frontera Nómada*; Federico García y Alva, *México y sus progresos. Album Directorio del Estado de Sonora*.

147

Vemos pues que durante la última década del siglo XIX y la primera del XX se alteraron significativamente los patrones demográficos del estado de Sonora, así como la distribución geográfica de la población. Tenemos un abigarrado mosaico de pueblos que al iniciar el siglo XIX eran prósperos y con brillante futuro pero que al finalizar la centuria eran poco menos que pueblos fantasmas; al lado de estos emergieron casi de la noche a la mañana ciudades donde antes había campamentos, pueblos indígenas, rancherías o campos mineros abandonados. Por otra parte tenemos la consolidación de dos ciudades, Hermosillo y Guaymas, que durante todo el siglo XIX se mantuvieron firmes como centros económicos y políticos, constituyéndose en los núcleos de la rediseñada red urbana. Lo que aquí quiero destacar es el carácter muy dinámico del movimiento poblacional; muchos recién llegados, mexicanos y extranjeros, se establecieron en los campos mineros, los pueblos fronterizos, las

ciudades y los campos agrícolas, interactuando con los antiguos residentes del estado. Considero que es importantísimo detener la mirada en el aspecto demográfico para tener claro el contexto poblacional en que se produjo el cambio cultural.

¿Quiénes llegaron a Sonora? Uno de los principales problemas que enfrentó el Noroeste desde los tiempos de la colonia española fue su escasa población no indígena, que además se encontraba diseminada en pueblos pequeños, muy poco estables y escasamente comunicados entre sí. En estas circunstancias adquirieron gran relevancia los proyectos de colonización manejados desde la etapa colonial y todo el siglo XIX. La población era muy necesaria para reforzar una débil frontera que mantenían bajo acoso los apaches y los extranjeros, norteamericanos y franceses principalmente. Pero además desde la perspectiva de las élites, el impulso a la colonización era fundamental para empujar el desarrollo económico, pues sin personas emprendedoras no se podían explotar las riquezas naturales del estado y por tanto el progreso siempre sería inalcanzable.

148

Pero el tipo de gente que se buscaba traer no era cualquiera, sino precisamente de aquel tipo emprendedor, capaz de asumir inclusive la defensa armada de sus propiedades y de los intereses estatales. Como ya he señalado, hasta los años cuarenta las élites pensaron que los inmigrantes europeos (por ser "civilizados") serían los más idóneos para acelerar el desarrollo económico del estado, pero con las ingratas experiencias de las frecuentes incursiones de filibusteros se vio al extranjero con recelo. Este criterio cambió definitivamente en el porfiriato, con la apertura irrestricta al capital foráneo. Los positivistas sonorenses, ciertamente, eran selectivos al invitar a nuevos inmigrantes al estado; Francisco T. Dávila, uno de los apologistas del régimen que se encargaron de pintar color de rosa las condiciones prevalecientes en Sonora para atraer al capital extranjero, se expresó así:

A vosotros, los de la familia del pauperismo, a vosotros los que no podéis resignaros a trabajar para labraros una posición independiente y desahogada, van dirigidas estas palabras para deciros que no vengáis a Sonora. No se os necesita. Tenemos bastante con nuestros mendigos. Sonora ofrece todos

sus elementos, todas sus riquezas a los hombres de empresa, a los que con espíritu fuerte y fuerzas varoniles vengan a explotarlas, haciéndose útiles a la sociedad con grandes y positivos beneficios para ellos.<sup>49</sup>

Pero como una cosa son los proyectos y otra la realidad, a Sonora ciertamente llegaron empresarios dinámicos que supieron aprovechar la coyuntura política y las halagüeñas perspectivas que en el mercado internacional tenían algunos productos, como el cobre. Llegaron también médicos, abogados, ingenieros, periodistas, maestros, relojeros, zapateros, fotógrafos.<sup>50</sup> Todos ellos fueron engrosando una muy dinámica clase media con anchas posibilidades de ascenso social. Pero también llegaron a esta tierra de frontera, de promisión, y al parecer en números crecidos, los “indeseables” de toda sociedad: jugadores, léperos, prostitutas, cantineros, ladrones de vacas y contrabandistas, que incidieron de manera importante en las formas de ser y expresar de esa sociedad tan dinámica.

## **Cambio y conflicto social**

La del porfiriato fue una sociedad sumamente dinámica, compleja, plural en términos étnicos y culturales. Todos estos rasgos dificultan su comprensión. Encontramos presentes elementos tales como una gran movilidad geográfica y accesibles posibilidades de ascenso social. Era un contexto donde se combinaban e interactuaban ambientes ásperos, violentos, inherentes a una sociedad que crece desmesuradamente y en un contexto de frontera, con espacios privilegiados de refinamiento y exclusividad social y, también, con otros ambientes de una apacibilidad inalterada, cuando menos en apariencia.

Es pertinente llamar aquí la atención al peso que tiene el factor “frontera”, tanto en la conformación de la sociedad porfirista del Noroeste, como en su cambio social y cultural. Desde una perspectiva histórica, el concepto “frontera” está lejos de significar

<sup>49</sup> Francisco T. Dávila, *Notas sobre el Estado*, p. 326.

<sup>50</sup> En Sonora estuvieron los hermanos Abitia, que después destacarían en el ambiente cinematográfico nacional, particularmente Jesus H. Abitia. Por su parte, los hermanos Stahl operaron un cinematógrafo en el puerto de Guaymas.

unicamente una demarcación o división territorial, sino que hace referencia a un proceso de apropiación de territorios, su poblamiento, defensa y, evidentemente, el desarrollo de formas culturales particulares. El Noroeste mexicano vivió una condición de fronteras indefinidas desde los primeros tiempos coloniales hasta fines del siglo XIX. Una vastísima franja desértica y montañosa pareció ser tierra de nadie durante muchas centurias. Bancroft llama la atención sobre el hecho de que el límite norte del virreinato de la Nueva España desarrolló rasgos distintivos por su condición de frontera donde predominaban modos de vida rudos y toscos, señalando que en gran medida esta región era "una colonia de la colonia".

Con la Independencia llegaron los primeros acuerdos entre la República Mexicana y los Estados Unidos de Norteamérica sobre la fijación convencional del límite geográfico entre ambos países (1819 y 1832). Posteriormente los límites territoriales fueron redefinidos como consecuencia de una guerra (1848) y de una negociación de compra (1853). Pero este último arreglo no trajo consigo un inmediato contacto entre mexicanos y norteamericanos en la zona fronteriza, pues para ese tiempo llegaban apenas un pequeño número de norteamericanos a la región, atraídos por las riquezas mineras. El poblamiento en gran escala ocurrió con la llegada del ferrocarril a Arizona en 1877.<sup>51</sup>

Muchos sonorenses, incluyendo indígenas, emigraban estacional o permanentemente a las promisorias tierras de California y Arizona, cuyas ciudades apenas estaban formándose. Fueron, en ciudades como Tucson, destacados comerciantes o trabajadores en los campos mineros que proliferaron en el área. En menor medida muchos norteamericanos cruzaron la línea fronteriza para buscar fortuna en el lado mexicano. Se incrementó entonces un activo intercambio cultural que, evidentemente, no estuvo exento de fricciones; por el contrario, al parecer eran el ingrediente principal al enfrentarse diferentes visiones del mundo: la indígena, la de raíz hispánica y la angloamericana. Los conflictos étnicos, debido a la discriminación y el recelo que permeaban las relaciones entre dichos grupos, fue-

<sup>51</sup> Miguel Tinker Salas, *In the Shadow*, pp. 4 y 82-85.

ron inherentes al ambiente de frontera.

Inherente fue asimismo la violencia. Como lo registra Tinker, Sonora no sólo era proveedor de fuerza de trabajo y alimentos a los campos mineros de Arizona, también surtía de bandoleros, contrabandistas, ladrones de ganado, jugadores, asesinos,<sup>52</sup> actividades ilícitas que eran compartidas por aventureros norteamericanos llegados de Texas, Nuevo México y California. La violencia fue alimentada de igual forma por los indios fronterizos, principalmente los apaches, que se mantuvieron en constante pie de guerra hasta finalizar el siglo XIX.

La frontera -ambos lados de la línea que separaba a México y Estados Unidos- tuvo pues como distintivo principal el ser una tierra de promisión donde buscaban oportunidades empresarios ávidos de ganancia rápida, trabajadores en pos de un empleo, misioneros de diversos cultos religiosos que afanosos trabajaban por la salvación de las almas, autoridades que intentaban poner orden a través de la observancia de las leyes en un ambiente sumamente violento, donde las conductas sociales estaban tan relajadas y donde todos andaban armados hasta los dientes, haciendo valer por sobre los ordenamientos jurídicos formales la "ley del revólver".

Era una tierra en la que se combinaba el trabajo arduo en la mina, el campo agrícola o los ranchos ganaderos, con casinos, cantinas y prostíbulos. Donde los cadáveres caídos en las polvosas calles de los pueblos eran asunto cotidiano y delito no purgado. Donde coexistían criminales con almas piadosas preocupadas por construir templos de todos los cultos y asistir a los servicios dominicales. En la que se enfrentaban diariamente vaqueros mexicanos con *cowboys* texanos al tiempo que hacían del robo de ganado su ocupación principal, mientras que los grupos interrelacionados se veían con recelo y desconfianza, y todos buscaban sobrevivir en las mejores condiciones posibles. Donde muchos pueblos nacían y morían frecuentemente. Fue un espacio de gran movilidad poblacional, poco arraigo

<sup>52</sup> *Ibidem*. p. 92. William M. Breakenridge en su obra *Helldorado. Bringing the Law to the Mezquite. (The True Story of Tombstone)*, Boston and New York, Houghton Mifflin Co., 1928, presenta un interesante recuento sobre la situación prevalecte en un pueblo arizonense de reciente creación, y los esfuerzos de sherifes y otras autoridades para hacer observar la ley en un sitio donde el rasgo dominante era la violencia y las conductas ilícitas.

e intercambio dinámico de ideas, costumbres, gustos, valores.

En este bullicioso ambiente de frontera se desarrolló la sociedad porfirista, cuando Sonora logró destacar a nivel nacional e internacional como una envidiable tierra de promisión -era el "oeste" mexicano-, tierra de oportunidades sin límite que atrajo tanto a trabajadores que buscaban ocuparse en las florecientes industrias mineras o el ferrocarril, como inversionistas y técnicos, o profesionistas y artistas. Pero también atrajo aventureros de todo tipo.

Los recién llegados, que empezaron a arribar en abultados números desde la década de 1880, se asentaron evidentemente en aquellos lugares que cumplían sus expectativas: las nuevas ciudades que se desarrollaron teniendo la mina como centro (Cananea, Nacozari, Minas Prietas); las prósperas ciudades de reciente prestigio (Guaymas y Hermosillo) o aquellas que se desarrollaron justo en la línea fronteriza, como Nogales. En tales asentamientos el ritmo del cambio cultural adquirió dimensiones muy dinámicas, ritmo del que quedarían alejados la mayoría de los 80 municipios que conformaban para ese tiempo el estado y que participaron de modo diferenciado en el acelerado proceso modernizador impulsado por los porfiristas.

En estos años se conformó una sociedad étnica y culturalmente plural, en la que interactuaron el elemento mestizo o blanco con raíces hispánicas, asentado en Sonora; los grupos indígenas que en diverso grado y en distintas formas participaron de esta sociedad, como los yaquis, mayos y o'othams; los mexicanos llegados de distintas regiones del país con una fuerte identidad cultural regional; y, finalmente, los extranjeros de diversas y variadas nacionalidades, norteamericanos y chinos en su mayoría. Resulta complejo imaginar cómo fue el comportamiento de esta sociedad tan plural y cómo finalmente logró amalgamarse una identidad cultural regional distintiva de "lo sonorensé", matizada por el ambiente de frontera.

La cúspide de la pirámide social durante el porfiriato lo ocupaba el estrato dominante integrado por las élites nativas y los capitalistas extranjeros. Las primeras estaban conformadas por los dirigentes políticos, autoridades militares, empresarios (comerciantes

e industriales) y hacendados. Fueron quienes asumieron el discurso del progreso como una misión histórica y desarrollaron todo tipo de estrategias para arribar a él, pretendiendo imponer su propia visión al resto de la sociedad, por consenso o mediante la fuerza. Para lograr sus propósitos debieron establecer alianzas que si bien les reportaron grandes beneficios económicos y de prestigio social, les restaron autonomía en los ambientes locales y les hicieron quedar en un plano de subordinación.

En primer término y como acto de fe hicieron suya la consigna positivista de orden y progreso, adoptando una fidelidad a toda prueba respecto al sempiterno presidente Porfirio Díaz, cuyos propósitos de alcanzar el desarrollo económico para el país con el patrocinio del capital extranjero coincidieron con las expectativas de las élites sonorenses, que aprovecharon bastante bien la coyuntura nacional para encaminar por la ruta venturosa del progreso los destinos regionales. Claro que esto implicó complicidades en el manejo discursivo de la ficción republicana y por lo mismo se tradujo en la forja de un sistema político cerrado y excluyente, pero desde su perspectiva valía la pena.

La otra alianza que debieron establecer fue con los capitalistas extranjeros, en cuyas manos dejaron la conducción de las más importantes ramas económicas, como la minería, ferrocarril y la empresa de colonización en los valles del Yaqui y Mayo. Reconocieron el predominio económico de Estados Unidos, aplaudiendo el incremento de las relaciones comerciales con el norte. Funcionaron, según la apreciación de Miguel Tinker, como el "lobby" de los intereses estadounidenses en Sonora. No ocultaban su admiración hacia los extranjeros y los valores que portaban, que les habían hecho hombres civilizados, emprendedores. Las élites recibieron una considerable influencia cultural de los valores norteamericanos, a cuyo amparo redefinieron muchas prácticas culturales y normas sociales. El arte, la música y otras actividades culturales, que en el pasado habían sido signos de prestigio social, se veían con nueva mirada. Los notables redimensionaron su ambiente cultural y físico, establecieron clubes exclusivos, cambiaron su lenguaje (en esto el inglés ejerció una gran influencia), su alimentación y vestido. Fueron

identificados como "los yankees mexicanos".<sup>53</sup>

Fueron élites que, a diferencia de sus antecesores, sí alcanzaron el progreso de acuerdo con su visión del mundo, "prosperaron económicamente como nunca antes. Llegaron a un refinamiento social y de prestigio que probablemente los sorprendía hasta a ellos mismos. Lograron un grado de control sobre la vida pública sin precedente en la región".<sup>54</sup> Pero el precio que tuvieron que pagar fue la subordinación a los intereses extranjeros y a las férreas consignas del centralismo porfirista; el destino de Sonora era cada vez menos moldeado y dirigido por ellas.

Evidentemente aunque el compacto grupo de las élites sonorenses compartía los valores culturales que los definían como grupo, no todos sus integrantes tenían iguales condiciones de acceso al poder, aunque se beneficiaran por igual del desarrollo económico. Algunos de sus miembros, es el caso del hacendado guaymense José María Maytorena, se ubicaron en la oposición impugnando algunas de las disposiciones económicas y políticas de quienes controlaban el poder, por ejemplo, la deportación de los yaquis a Yucatán y la entrega irrestricta de las riquezas sonorenses al capital extranjero.

El siguiente estrato de la pirámide social lo conformó una dinámica clase media urbana, ensanchada al amparo del crecimiento económico y la consolidación del Estado. Profesionistas liberales, técnicos, burócratas, empleados, cuadros administrativos medios, artesanos, periodistas y profesores engrosaban este estrato identificado en términos generales con la visión de progreso. Habían tenido acceso a la educación en diferentes niveles y estaban convencidos de que la sociedad tendría que avanzar paulatinamente hacia estadios de mayor "civilización". La clase media fue alentada por las amplias posibilidades de ascenso social que el desarrollo económico traía consigo y compartió, en gran medida, los valores culturales de las élites.

No obstante, uno de sus más fuertes cuestionamientos sería de carácter político: algunos de sus sectores se opusieron reiteradamente

<sup>53</sup> Miguel Tinker Salas, *In the Shadow*, p. 202.

<sup>54</sup> Diana Balmori, *Las alianzas de familia*, pp. 149-50.

al sistema político dominante y demandaron la apertura de los espacios del poder. Tal sería por ejemplo el caso de su participación en un movimiento de coyuntura electoral registrado en 1896 e iniciado por miembros de las élites hermosillenses inconformes porque los ambientes de la política local eran monopolizados por familiares de Ramón Corral. Para dar la batalla constituyeron una organización, el Club García Morales, después conocido como el "Club Verde", que continuaría en los años sucesivos canalizando las inconformidades electorales.

Una de las escalas inferiores de la estructura social estuvo conformada por la naciente clase obrera. Aquí es preciso distinguir entre dos tipos de obreros: aquellos ubicados en las empresas dominadas por el capital extranjero, y los contratados por empresas creadas con capitales locales. La distinción se hace porque las acciones obreras fueron, ciertamente, muy distintas de acuerdo a la ubicación en ambientes laborales diferentes. Es de sobra conocido que en los campos mineros prendieron como reguero de pólvora ideologías opuestas al positivismo dominante, como el anarquismo y el liberalismo radical, que sustentarían acciones obreras importantes, cuyo ejemplo clásico fue la huelga de Cananea de 1906. Sin embargo, es necesario también distinguir que el tipo de obrero encontrado en Cananea se comportaba de manera diferente al de Nacozari, Minas Prietas, La Trinidad o El Tigre, que en el porfiriato fueron también centros mineros de gran importancia. En ellos la clase obrera no expresó el radicalismo que distinguió al minero de la empresa de William C. Green, ni tampoco desarrollaron organizaciones obreras tan sólidas como los de Cananea. Esto no significa, por supuesto, que el conflicto no existiera sino que tuvo otros matices.

No obstante encontrarse insertos en dinámicos y modernos ambientes laborales, los trabajadores mexicanos seguían observando muchos de sus valores tradicionales, por ejemplo los religiosos. Uno de los aspectos incomprendidos por los norteamericanos respecto de las prácticas culturales de los mexicanos fue su actitud frente al trabajo, estos últimos tenían por costumbre festejar a San Francisco en Magdalena o a San Agustín en Tucson, para asistir a tales festividades suspendían las actividades. Los obreros de Minas Prietas

erigían altares a la virgen de Guadalupe para que los protegiera, asimismo, prendían velas ceremoniales a lo largo de los pasillos de la mina. En La Colorada la fiesta más importante era la de la Santa Cruz (3 de mayo) acostumbándose el prometer mandas para obtener la seguridad en la mina. Los mineros y sus familias participaban en la tradicional procesión, después de la cual continuaban las fiestas en la plaza del pueblo.<sup>55</sup>

Por otra parte, los trabajadores contratados por las empresas industriales propiedad de los notables (sonorenses y extranjeros) se movieron en ambientes laborales muy distintos, más domésticos. Los asalariados de las fábricas de velas, cerillos, pastas, galletas, vestidos y tenerías estuvieron menos expuestos a la contaminación de ideologías revolucionarias y enfrentaron también condiciones laborales más paternalistas y con menos discriminación racial. Quizás estos fueron factores que incidieron en el aspecto organizativo, pues las escasas agrupaciones obreras constituidas entre este tipo de trabajadores fueron de corte mutualista.

Los campesinos sonorenses estaban muy lejos de parecerse a sus similares de Morelos o de otras regiones del país. Recordemos que la explotación con criterios capitalistas y en gran escala de las más fértiles tierras de Sonora -los valles del Yaqui y Mayo- recién se había iniciado, consolidándose el proceso durante la posrevolución. El peonaje, tal como se presentó en otros estados de la república durante el porfiriato, no fue la forma rural predominante en Sonora. Es preciso tomar en cuenta que la fuerza de trabajo más importante la constituían los indios yaquis, que no se asentaban con carácter definitivo en haciendas ni campos mineros o ganaderos dada la extrema movilidad a que les obligaba el encontrarse permanentemente en pie de guerra.

Una de las zonas en donde primero se estableció como dominante la propiedad privada en detrimento de la propiedad comu-

<sup>55</sup> Miguel Tinker Salas, *In the Shadow*, pp. 96 y 195. Otros autores que abordan importantes aspectos sobre el comportamiento de los mineros sonorenses son Juan Luis Sariago *et. al.*, *El Estado y la minería mexicana. Política, trabajo y sociedad durante el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, Secretaría de Energía, Minas e Industria Paraestatal, 1988 y Adrian A. Bantjes, *As if Jesus Walked on Earth. Cardenismo, Sonora and the Mexican Revolution*, Delaware, SR Books, 1998.

nal fue en la región del río Sonora, antigua región ópata; las haciendas constituidas (que al parecer no fueron muy extensas) coexistieron con pequeñas propiedades, ranchos y minifundios. Por tal motivo, aquí la presión por la tierra no subió de tono en el porfiriato aunque fue una área integrada a la agricultura de exportación. Tal situación agraria fue la que con optimismo dibujó Alvaro Obregón a Venustiano Carranza cuando éste se refugió en Sonora (1913): "aquí no tenemos agraristas, a Dios gracias".<sup>56</sup>

En el fondo de la estructura social estaban los indígenas sonorenses. Algunos de ellos, como los ópata, conocieron durante el siglo XIX un importante proceso de mestizaje que les hizo casi desaparecer como etnia diferenciada; sin embargo, sus aportes a la cultura serrana y campesina fueron considerables. Otros, como los mayos, atravesaban en las dos últimas décadas del siglo XIX por una profunda ofensiva sobre sus tierras comunales, finalmente abiertas a la explotación agrícola con criterios capitalistas. Sus antiguos pueblos, fundados como pueblos de misión, desaparecieron para dar paso a otros con población mezclada. Los indígenas pasaron a formar parte de la fuerza de trabajo requerida en los campos recién abiertos y explotados con métodos modernos.

Sin embargo, la pérdida de sus tierras no significó en lo inmediato el aniquilamiento de su identidad cultural ni de sus valores profundamente comunitarios. El proceso de avasallamiento que soportaron en el porfiriato se expresó en la emergencia de movimientos que recogían el desconcierto de los indios ante el acoso externo. El caso más significativo fue el de la Santa de Cabora y los "santos vivientes"; resulta significativo que los autonombrados "santos", cuyas prédicas se extendieron por el valle hacia 1890, hayan sido todos de la etnia mayo, el grupo que más padecía a esas alturas la pérdida de sus territorios y el dominio de una nueva casta de terratenientes. Predicaban, en nombre de Dios y de la Santa de Cabora, la llegada de un tiempo de paz y felicidad para los yoremes.<sup>57</sup>

Los indios yaqui, como es bien conocido, se mantuvieron en pie de guerra durante todo el siglo XIX, defendiendo con las armas su

<sup>56</sup> Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada*, p. 503.

derecho a constituir una nación diferenciada de la mexicana, con territorio, formas de gobierno y cultura propias, lo que evidentemente entró en contradicción con el proyecto liberal más amplio de conformar un Estado nacional y, en ambientes más locales, con el proyecto también liberal de apropiación de los terrenos agrícolas que los indios reclamaban como suyos.

Los Yaquis eran considerados sumamente inteligentes y receptivos, capaces de aprender con facilidad cualquier arte u oficio. A lo largo del siglo se buscó, por diversos medios, conseguir su integración a la "sociedad sonoreña", es decir, al proyecto liberal que veía en ellos usurpadores de terrenos "desocupados" porque no estaban aprovechados de acuerdo con criterios empresariales. A los yaquis había que vencerlos con las armas, con la educación, la evangelización y con la colonización para que aprendieran de sus vecinos a ser "civilizados", pero no se debían exterminar porque constituían la fuerza de trabajo principal de que se disponía. Pero a medida que crecía la presión de los capitales por colonizar el valle del Yaqui y crecía también la rebeldía india, la deportación y el exterminio fueron las únicas soluciones posibles.<sup>58</sup>

A quienes no se invitó de plano al convite de la "civilización" fue a los apaches y los seris. Estos últimos eran todavía muy temidos durante el porfiriato; constituían un grupo nómada, cazador y recolector cuyo territorio original se extendió por el desierto costero de Sonora. Sobre ellos el juicio de las autoridades civiles y militares (inclusive religiosas) así como el de diversos historiadores que de ellos se ocuparon, es el mismo: se trataba de la "tribu" más extraña, nómada, vandálica, abyecta e incivilizada que pudiera existir en toda la república. Desde la llegada de los españoles al Noroeste novohispano, los seris fueron acosados por la espada y la cruz con el propósito de conseguir su rendición e incorporación al sistema

<sup>57</sup> Sobre estos movimientos véase Brianda Domecq, "Teresa Urrea. La Santa de Cabora" en *Memoria del VII Simposio de Historia y Antropología*, Universidad de Sonora, 1982 y Ernesto López Yescas, "Panorama del sur de Sonora en los siglos XIX y XX" en *Memoria del I Simposio de Historia y Antropología*, 1976.

<sup>58</sup> De los trabajos más recientes sobre los Yaquis merece destacarse el de Héctor Cuauhtémoc Hernández, *Insurgencia y autonomía. Historia de los pueblos yaquis: 1821-1910*, México, Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social, Instituto Nacional Indigenista, 1996.

colonial. Por ninguno de los dos medios se consiguió domeñarlos y los pueblos misionales que se establecieron con tal propósito fueron siempre efímeros, por lo que todavía en la segunda mitad del siglo XIX constituían un peligro serio para el desarrollo de una sociedad mestiza estable y, sobre todo, para el desarrollo económico.

El rápido recuento que he presentado sobre la conformación de la estructura social en la Sonora porfirista sirve de telón de fondo a la pregunta ¿qué cambió respecto al período anterior, cuando todavía no se arribaba a la estabilidad política y al desarrollo económico? Tenemos en primer lugar la aparición de una marcada jerarquización social. Si bien antes existían diferencias sociales, las relaciones entre los diversos grupos eran más horizontales. En el porfiriato los notables construyen su propio lugar, alejado de los "vulgares", de los que no tenían cabida en los grandes bailes en el palacio de gobierno o que se les asignaba el exterior de la plaza para sus caminatas de jueves y domingo, o que no tenían clubes privados. Tampoco tenían acceso a la Capilla Episcopal y en Catedral se les asignan los lugares más alejados de la nave central.

Otro cambio significativo fue la emergencia de una clase media urbana con marcadas y muy profundas expectativas de ascenso social y de participar de la tajada del pastel que los grupos dirigentes disfrutaban. Pero se fue incubando en ella también un profundo resentimiento porque sus expectativas no eran del todo cumplidas. Su acceso a la educación les hacía rodearse de cierto prestigio social. También importante fue la emergencia de la clase obrera, en cuya gestación participaron individuos con la más diversa experiencia: a esta clase pertenecían estacionalmente los campesinos mestizos, los indígenas, los trabajadores llegados de otras partes del país que ya traían cierta experiencia en los ambientes laborales de diversas industrias, los gambusinos, los vaqueros, los emigrantes chinos, polacos o norteamericanos pobres. Las experiencias de todos ellos moldearon la cotidianeidad de la experiencia obrera particularmente en los grandes centros mineros.

Un cambio relevante fue el incremento en el número de "los indeseables", los desclasados que llegados de fuera o movilizados

de diversas regiones del estado, quizá tuvieron la intención de participar en ámbitos legalmente establecidos (como el mercado laboral) pero que pronto se desencantaron de él y eligieron otras actividades más placenteras, de ganancia fácil y de quebranto a toda normatividad jurídica y moral. Me refiero a los jugadores (que se encontraban en las ciudades, en los campos mineros, en las fiestas pueblerinas), las prostitutas, los vagos, los rateros, los vividores, los abigeos. A ellos se achacaba la perversión y descomposición social presente en esos años y, fundamentalmente, la violencia cotidiana prevaleciente.

En esta sociedad tan dinámica, en pleno proceso de transformación, el conflicto se expresó de diferentes maneras, según he apuntado: en los ambientes electorales (pugnas por el poder político) se enfrentaron distintos sectores de las élites llevando con ellas a importantes segmentos de la clase media y trabajadores asalariados. Entre las élites también estuvo presente la crítica al modelo de desarrollo vigente, particularmente las medidas para acabar con los belicosos indios yaquis y la apertura irrestricta al capital extranjero. Otra forma de expresión del conflicto social fueron las acciones obreras (huelgas, paros laborales y otras formas de resistencia cotidiana) que simultáneamente expresaban oposición hacia el capital y hacia el hermético sistema político. Las rebeliones indígenas y su tozudez para mantenerse alejadas de las "bondades" de la civilización fueron otra importantísima expresión del conflicto social, así como la violencia cotidiana manifestada en el incremento del delito, en las conductas social y jurídicamente punibles e inmorales. Desde la perspectiva de las autoridades políticas y la jerarquía eclesiástica, la sociedad se percibía como inmoral, relajada y corrupta, alejada tanto de los mandatos divinos como de los jurídicos.

¿Cuáles fueron los medios a través de los cuales se buscó ordenar la sociedad, dirigir su cambio y neutralizar el conflicto? Los grupos dominantes actuaron en este sentido fundamentalmente a través de instituciones sociales como la educación y la Iglesia. Importante fue también la adecuación de la normatividad a las condiciones de dinamismo social y, finalmente, las acciones militares. Es decir, a través de la educación, la religión, las leyes y las armas se buscó

ordenar bajo criterios muy específicos, dictados por la visión del progreso, una sociedad que por momentos parecía salirse del control de los grupos dominantes.

Una de las instituciones sociales que sin duda conoció avances significativos durante el porfiriato fue la educación. Las élites de notables sonorenses concedieron mucha importancia a la educación, compartían el convencimiento —dice Stuart F. Voss— de que la instrucción era esencial para el refinamiento de sus hijos. En este sentido, promovieron la fundación de establecimientos educativos desde finales del siglo XVIII aunque con poco éxito. El desarrollo de la educación topaba con algunos importantes obstáculos, como la dispersión poblacional y la falta de profesores competentes, además de la perenne pobreza de los ayuntamientos.

Desde temprano en la década de los ochenta, el sistema educativo recibió una atención prioritaria de los gobernantes porfiristas, en quienes recaía la facultad de organizar y dirigir la educación, particularmente de Ramón Corral, político e intelectual que invitó a profesores rebsamianos procedentes de las escuelas normales de México, Jalapa y Puebla a los cuales asignó la tarea de organizar la educación en el estado y atender las escuelas de las ciudades más importantes. Se nombraron Juntas de Instrucción Pública con miembros de las élites, pues eran ellas a quienes interesaba el desarrollo educativo. Se construyeron planteles y se canalizó un porcentaje sustancial del presupuesto estatal a la consolidación del sistema educativo. Por ejemplo, en 1895 se destinaban \$73,950.00 a este rubro, la cifra se duplicó en diez años.<sup>59</sup> El movimiento habido en el número de escuelas y de alumnos puede apreciarse en el cuadro 4.

Como en el resto del país, en Sonora la educación se desarrolló preferentemente en las principales ciudades, donde se establecían las escuelas más modernas y los profesores más capacitados. Sin duda la capital del estado concentró las instituciones consideradas más importantes, como el Colegio de Sonora y el Colegio de Niñas (Leona Vicario); existían también aquí algunos establecimientos particulares dirigidos por destacados profesores y 4 escuelas católi-

<sup>59</sup> Fernando Pesqueira, *Colección de Leyes y Decretos 1894-1904*, Presupuestos de Egresos.

cas administradas por la Mitra de Sonora, además de una escuela protestante.<sup>60</sup> Pero no obstante el desarrollo educativo alcanzado durante el porfiriato, los notables sonorenses mantuvieron su preferencia por enviar a sus hijos a estudiar al extranjero, particularmente a California.

Cuadro 4

**SONORA. ESCUELAS Y ALUMNOS INSCRITOS**

Es interesante advertir algunos rasgos notables en el sistema educativo sonorense, particularmente la participación de las mujeres. Para 1843, Vicente Calvo observó que "la educación de las mu-

AÑO	N° ESCUELAS VARONES	N° ESCUELAS NIÑAS	N° ESCUELAS MIXTAS	TOTAL N° ESCUELAS	VARONES INSCRITOS	NIÑAS INSCRITAS	TOTAL ALUMNOS
1887	126	42		168	4,945	1,897	6,842
1903	88	51	8	147	5,603	4,551	10,181
1909	109	70	49	228			14,996

162

jeses se reduce únicamente a las primeras letras, tocar el piano, la harpa [sic] y la guitarra, algunas tienen buena voz, que suelen lucirla con canciones eróticas que les dan un nuevo realce a su hermosura. Su entendimiento no está ilustrado, ni aplicado al corazón, por que no saben más que lo que el corazón las enseña. De aquí provienen sus grandes virtudes, como sus grandes vicios". Moisés González Navarro encontró que en México en términos generales, de cada diez alumnos inscritos seis eran varones. Esta cifra se alteraba en los estados nortños, entre ellos Sonora, donde el número de mujeres casi igualaba al de hombres. Viendo esta información a un nivel más profundo, es interesante advertir que en muchos pueblos el

<sup>60</sup> Federico García y Alba, *México y sus progresos*.

número de niñas que asistía a las escuelas era igual o mayor que el de niños, como se aprecia en los cuadros 5 y 6.

Cuadro 5

**ESTADO DE SONORA. ESCUELAS PARA NIÑOS Y NIÑAS (1888)**

CIUDAD	Nº ESCUELA VARONES	Nº ESCUELA NIÑAS	VARONES INSCRITOS	NIÑAS INSCRITAS
Hermosillo	5	3	340	386
V. De Seris	1	1	76	79
Ures	1	1	136	144
Horcasitas	1	1	57	43
Batuc	1	1	36	37
Alamos	2	4	256	228

Habría otro rasgo en el que valdría la pena profundizar: Héctor Aguilar Camín y otros autores consideran que en las escuelas sonorenses los educandos recibían una formación liberal-jacobina que se expresaría contundentemente en la participación de los sonorenses en la revolución. Sin embargo, esta aseveración no se ha fundamentado completamente, existiendo algunos indicios que pudieran hacerla tambalear. Por ejemplo Agustín Zamora, hermosillense, al hablar de el Colegio de Sonora afirma: "Prevalecía una vigorosa dignidad en el seno de las familias con respecto a la escuela... La familia respetaba al maestro, éste respetaba a la sociedad. No pensaban aquellos hombres y apóstoles en ser demagogos, agitadores de plazuela o ateos."<sup>61</sup>

<sup>61</sup> Agustín Zamora, *La Cohetera, mi barrio*, Hermosillo, Gobierno del Estado de Sonora, 1985 p. 21.

Cuadro 6

## ESTADO DE SONORA. INSCRIPCIÓN POR SEXO Y DISTRITO (1903)

DISTRITO	Nº	Nº	Nº	TOTAL Nº DE ESCUELAS	VARONES	NIÑAS	TOTAL ALUMNOS
	ESCUELAS VARONES	ESCUELAS NIÑAS	ESCUELAS MIXTAS		INSCRITOS	INSCRITAS	
Hermosillo	8	6		14	951	818	1,769
Ures	12	7		19	605	458	1,063
Guaymas	5	3	2	10	647	544	1,191
Arizpe	10	8	1	19	633	620	1,253
Alamos	18	7	5	30	852	753	1,605
Magdalena	4	4	2	10	428	509	937
Mctezuma	12	6		18	714	343	1,057
Sahuaripa	11	3		14	317	80	397
Altar	8	7		15	483	426	909

Fuente: *La Constitución*, 20 de marzo de 1903

El autor de *La Frontera Nómada* consigna que uno de los maderistas navojoenses, Flavio Bórquez, había estudiado primaria en la escuela oficial de Quiriego, dirigida por el profesor Guillermo Bracamonte, guanajuatense llegado a Sonora en 1885, "colega de la primera y crucial generación profesional de maestros sonorenses que dejó correr por las aulas el aroma de un liberalismo plagado de espíritu laico, anécdotas heroicas y fervores por el santoral republicano, de reciente y triunfal memoria."<sup>62</sup> Pero ocurre que el profesor Bracamonte no estaba adherido de manera tan firme a la escuela laica, pues en abril de 1910, después de haberse ausentado de la entidad por algunos años, estableció en Alamos la escuela de San Luis Gonzaga, donde uno de los temas fundamentales de la enseñanza era la moral religiosa.<sup>63</sup>

Una institución que sin duda tuvo notable importancia en el porfiriato fue la Iglesia católica. En 1883 el papa León XIII decretó la división de la extensa diócesis de Sonora, que hasta entonces abarcaba Sinaloa, el Vicariato de la Baja California y Sonora, cuya sede

<sup>62</sup> Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada*, p. 51.

<sup>63</sup> *El Hogar Católico*, tomo VI, núm. 370, Hermosillo, 2 de abril de 1910.

estaba en Culiacán, creando la diócesis de Sinaloa y estableciendo el asiento de la primera en la ciudad de Hermosillo. El primer prelado que asumió el mando de la diócesis falleció a los seis meses de llegado, en 1884. Tres años después sería nombrado pastor de Sonora el Obispo Herculano López de la Mora, a quien correspondió iniciar un dinámico proceso de fortalecimiento de la institución eclesiástica, proceso que se vio interrumpido en 1915 en el contexto del anticlericalismo revolucionario.

Herculano López se dio a la tarea de construir una Catedral, establecer el Seminario Conciliar e iniciar un dinámico proceso de readoctrinamiento dirigido a transformar la religiosidad laxa y autónoma de los sonorenses. Su llegada coincidió con el inicio del auge económico en Sonora y con los esfuerzos desplegados por los porfiristas para conseguir la estabilidad social, por lo que en principio los propósitos del obispo encontraron las adecuadas circunstancias políticas y económicas para llegar a su realización. Aunque algunos de sus proyectos no pudieron concretarse -por ejemplo el establecimiento de colegios católicos para contrarrestar el avance de la escuela laica- la institución eclesiástica logró dar importantes pasos durante el tiempo que estuvo al frente de la diócesis (1887-1902).

Un ritmo mucho más dinámico en este proceso de fortalecimiento y reconquista espiritual llegaría con el sucesor de Herculano López, el obispo Ignacio Valdespino y Díaz (1902-1913), bajo cuya dirección se daría seguimiento a algunas de las estrategias ya implementadas por el primero, esencialmente la labor de readoctrinamiento, tarea que se acometió desde diversos ámbitos: el púlpito, la prensa y escuelas católicas y la labor de misioneros. Igualmente importante fue el manejo institucional de un calendario de fiestas religiosas en el que se incluían nuevas devociones.

El fortalecimiento eclesiástico se expresó también en la construcción de nuevos templos, sobre todo en los pueblos de nacimiento reciente que carecían de ellos, como Cananea, Nacozari y Nogales; el remozamiento de otros que se encontraban sumamente deteriorados; el establecimiento de escuelas católicas: cuatro en Hermosillo, más las escuelas parroquiales en Moctezuma, Alamos,

Ures y Cananea; el manejo de una prensa católica: el semanario *El Hogar Católico* se publicó ininterrumpidamente desde 1903 hasta 1913 y el *Boletín Eclesiástico* salió a la luz desde 1909 hasta 1915); la creación de varias asociaciones religiosas.<sup>64</sup>

Las estrategias desarrolladas permitieron a la Iglesia incidir en la conformación de una nueva religiosidad en los sonorenses, más apegada a la ortodoxia y más observante del culto y respetuosa de las jerarquías. Parece indudable pues que durante el porfiriato la Iglesia católica avanzó de manera significativa logrando una incidencia notable particularmente en los ambientes urbanos. En el campo religioso debió enfrentar la acción de los protestantes, también reforzada durante este período.

Si por medios que utilizaban predominantemente la disuasión no se lograba controlar el conflicto o encauzar la sociedad hacia las veredas trazadas por los grupos dominantes, debían intentarse también medios coercitivos y punitivos. En este sentido fue muy importante la expedición de leyes y el uso de las armas. El Congreso local fue sumamente ágil en expedir leyes (usualmente bajo la iniciativa del Ejecutivo) para impulsar la industria, autorizar concesiones para explotación de recursos naturales, para aprobar contratos ventajosos hacia los concesionarios de servicios públicos. Pero también los diputados locales fueron muy dinámicos en la expedición de leyes tendientes a normar una sociedad que a cada momento parecía salirse del cauce.

En 1884 se puso en vigor en Código Penal del Estado de Sonora que, además de otros delitos, castigaba "la embriaguez habitual que cause grave escándalo" con la privación de la libertad de dos a seis meses y multa de diez a cien pesos. El mismo Código establecía que toda lotería y rifa que se realizaran en el estado sin licencia de la "autoridad política", serían nulas y sin valor. Decretaba también el castigo de cinco días a un mes de prisión y multa de cien a quinientos pesos a quien tuviera "una casa de juego prohibido, ya sea que

<sup>64</sup> Estos puntos se desarrollan con más amplitud en mi trabajo "Pocas flores, muchas espinas: la Iglesia católica en Sonora", Compuedición, Septiembre de 1998.

se admita en ella libremente al público, ya sólo a personas abonadas o afiliadas".<sup>65</sup>

Ser vago también era delito. Como tal era considerado "el que, careciendo de bienes y rentas, no ejerce alguna industria, arte u oficio honestos para subsistir, sin tener para ello impedimento legítimo". Los castigos para los vagos eran el enrolamiento en los cuerpos militares (si tenían la edad requerida), la prisión o el servicio en obras públicas en caso de que no tuviera posibilidad de dar fianza por un año (de 50 a 500 pesos). La calidad de vago se perdía al otorgar la fianza o cuando el inculcado aprendiera algún oficio, si carecía de él.

El Congreso también apoyaba las propuestas del Ejecutivo tendientes a la disposición de fondos públicos para combatir a los malhechores. Seguramente apoyaron la petición del vicegobernador constitucional Ramón Corral en 1888, cuando alertó respecto a las acciones desarrolladas por "bandidos" en la frontera, ese "inmenso desierto" donde era tan difícil aprehender a los "malvivientes" si no se contaba con la fuerza pública adecuada. Corral narra en su informe a la Legislatura<sup>66</sup> que la frontera había sido escenario de "hechos escandalosos que es necesario reprimir con energía": dos bandidos enmascarados habían asaltado en El Ocuca la diligencia de Santa Ana a la villa de Altar, se refugiaron en "territorio americano". Después dos ingenieros franceses fueron asaltados por cuatro bandoleros, los ladrones también huyeron al otro lado de la línea fronteriza. Inclusive los indios pápago (o'otham) cometían sus robos y se iban al otro lado. En la estación de Agua Zarca seis bandidos habían atacado el ferrocarril de Sonora, dando muerte al conductor y al fogonero, dejando heridos al agente del *Express* de Wells Fargo y otra persona, "todos americanos". El Sheriff de Tombstone siguió la pista de los criminales localizándolos en Fairbank, aprehendió a uno que fue conducido a Nogales, Arizona. Estos y muchos otros crímenes perpetrados en la frontera hacían necesaria la erogación de gastos para "organizar y sostener algunos piquetes de

<sup>65</sup> Fernando Pesqueira, *Colección de Leyes y Decretos del Estado de Sonora*.

<sup>66</sup> "Informe dado por el C. Ramón Corral, Vicegobernador constitucional del Estado de Sonora a la legislatura del mismo Estado sobre la marcha de la administración pública", Hermosillo, 1888.

guardias rurales montados que vigilen los caminos y los campos y que persigan a los criminales cuando sea necesario”.

Los municipios también plantearon iniciativas al Congreso del Estado para que aprobaran “Bandos de Policía y Buen Gobierno”. En 1892 el Ayuntamiento de Hermosillo expidió el que habría de tener vigencia en el municipio y que normaba, en primer lugar, el “orden y seguridad”.<sup>67</sup> Sin licencia del Presidente Municipal no podían establecerse lugares destinados a juegos permitidos, ni juegos en las plazas, calles o mercados, ni peleas de gallos, ni los juegos y mascaradas tan acostumbradas en el carnaval. Las fondas, cafés, cantinas, tabernas y tiendas donde se expendieran licores o bebidas embriagantes debían cerrar a las 10 de la noche. No se permitía en estos establecimientos la “música, bailes o juegos prohibidos así como tampoco en las casas de mala nota”. Quedaban prohibidos también “los gritos, cantos y cualquiera otra manifestación que cause escándalo en las calles y plazas”. Sólo el Presidente Municipal podía autorizar que se abrieran al público templos, teatros, circos y salas de espectáculos.

En el mismo sentido el Ayuntamiento de Nogales aprobó su Reglamento en 1902,<sup>68</sup> que delimitaba los ámbitos de la acción policial: la vía pública pues el domicilio particular era inviolable. La policía entonces tenía todo el derecho de penetrar en teatros, circos, cantinas, casinos, hoteles y burdeles cuando se sospechara que en dichos establecimientos se cometían actos penados por la ley. Su función era “limpiar la vía pública de todo lo malo. La moral, por lo tanto, debe ser objeto de su preferente atención”. Quien dijera “palabras obscenas” ofendía a la sociedad; los vagos y los ebrios daban un “pésimo e inmoral ejemplo corrompiendo las buenas costumbres sociales... la acción de la policía sobre individuos de esta clase debe ser enérgica y activa”. Las “casas de mala nota” requerían para funcionar de licencia especial del Presidente Municipal. Pero además los “individuos sin ocupación” no se podían reunir en la vía

<sup>67</sup> AHGES, tomo 2077 año 1906, “Bando de Policía para la ciudad de Hermosillo, expedido por el Ayuntamiento de la misma el 5 de enero de 1892”, Hermosillo, Tipografía de A. Ramírez.

<sup>68</sup> AHGES, tomo 2140 año 1906, “Reglamento de Policía y Bando de Buen Gobierno para la villa de Nogales expedido por el Ayuntamiento de la misma el 21 de julio de 1902”, Nogales, Imprenta de C. Rochín y Cía. (El presidente municipal era Ignacio Bonillas).

pública, era deber de la policía disolver tales reuniones y en caso de resistencia, debían ser arrestados. Castigaba también todo tipo de “vítores, convites y cualquiera otra clase de manifestaciones” si no eran autorizadas por el Presidente Municipal, y prohibía todo juego de apuestas.<sup>69</sup>

Y si las leyes no podían aplicarse, allí estaban las armas. Con ellas se “arregló” la huelga de Cananea, se persiguió a abigeos, salteadores de diligencias, apaches, seris<sup>70</sup> y particularmente a los yaquis. Ninguna de las estrategias ensayadas contra estos indios indómitos tuvo éxito; al finalizar el siglo XIX y principiar el siguiente, el valle del Yaqui era todavía un territorio de frontera, una franja inaccesible e impermeable al progreso, a pesar de su fuerte militarización. Finalmente, los porfiristas de Sonora y de la ciudad de México decidieron que el único camino viable para quebrar definitivamente la resistencia yaqui era la deportación: cientos de familias fueron enviadas a Yucatán, a incorporarse como peones en las haciendas henequeneras.

## Identidad cultural regional

Es difícil imaginar cómo fue el comportamiento de esta sociedad tan plural y cómo finalmente logró amalgamarse en una identidad cultural regional distintiva de “lo sonorensé”. Lo más lógico sería aceptar que si estamos considerando la existencia de una sociedad plural, en constante conformación y cambio, tendríamos que admitir la existencia no de una cultura sino de varias, cuya síntesis correría a cargo de un grupo social que orientaría sus esfuerzos a imponer la hegemonía de su modelo cultural. Si pensamos la coexistencia de tales culturas en función de su ubicación geográfica, podemos diferenciar entre la cultura “fronteriza”, la serrana, la cul-

---

<sup>69</sup> Con esta misma tendencia moralizadora los municipios de Caborca (1911) y Atil (1912) expidieron sus respectivos bandos cuando los revolucionarios reemplazaron a los porfiristas.

<sup>70</sup> Francisco T. Dávila, *Sonora histórico*, pp. 320-322, ofrece un completo recuento de la campaña militar encabezada por el gobernador Rafael T. Izábal en 1904 y desarrollada en la Isla del Tiburón, el último refugio que les quedaba a los seris.

tura urbana, la del desierto del noroeste del estado y las culturas indígenas.

La cultura de los distritos norteños que quedaron inscritos en la ruta de la modernización (Magdalena, Arizpe y Moctezuma) que aquí he denominado "fronteriza", estuvo marcada por el desarrollo de la minería en gran escala y por la intensificación de las relaciones económicas con el sur de Arizona. Los tres distritos recibieron gran parte de la población migrante que llegó a Sonora finalizando el siglo XIX, particularmente las ciudades de Cananea, Nacozari y Nogales.<sup>71</sup> Lo común de los tres pueblos fue que su poblamiento se constituyó fundamentalmente con inmigrantes recién llegados y procedentes de diversos ámbitos nacionales. Tuvieron una fuerte presencia extranjera; en el caso de los dos centros mineros a través de los inversionistas y el control que los norteamericanos ejercieron en la vida del pueblo. En el caso de Nogales por la cercanía estrecha con los norteamericanos en la línea fronteriza.

El predominio de la cultura norteamericana en estos lugares, validada por las élites políticas y económicas de Sonora y cuya principal expresión fue la discriminación hacia los mexicanos, trajo como consecuencia el fortalecimiento de sentimientos nacionalistas y antiextranjeros y en el caso de la clase obrera —en especial la de Cananea— la adopción de ideologías opuestas al "orden y progreso" porfirista; tal fue el caso del liberalismo radical y anarquismo que privó entre los trabajadores sustentando en gran medida las protestas obreras desde 1906. ¿Qué influencia ejercieron los valores norteamericanos en esta "cultura fronteriza"? Su impacto social fue diferenciado: las élites adoptaron algunos rasgos que les permitían rodearse de cierto prestigio social, como el uso del idioma inglés y la celebración de algunas fiestas de origen norteamericano. Esta identificación con patrones culturales extranjeros fue menos evidente en las clases subordinadas.

<sup>71</sup> Aunque estos distritos estuvieron más expuestos a la influencia extranjera y a las inmigraciones, ambas estuvieron muy focalizadas en los centros poblacionales indicados, hay que considerar, sin embargo, que muchos pueblos no recibieron tal influencia en los mismos niveles, por ejemplo Ures, Baviácora, Tepache, Banámichi, Bacerac, donde la dinámica del cambio cultural debió haber adoptado otros ritmos.

Al lado de esta "cultura fronteriza" tendríamos una "cultura serrana", desarrollada principalmente en el distrito de Sahuaripa, que si bien tuvo un importante desarrollo minero en La Trinidad (con capital inglés), esta actividad no impactó de manera decisiva ni la economía ni la sociedad, que siguió mayoritariamente dedicada a la ganadería. Sus pequeños pueblos (como Arivechi, Bacanora, Tarachi, Valle de Tacupeto, Yécora) conservaron un aire tradicional con fuertes raíces comunitarias. En el mismo caso estuvieron los pueblos serranos del distrito de Alamos, que conocieron hasta la mitad del siglo XIX un relevante desarrollo económico gracias a la explotación minera pero que al finalizar la centuria habían perdido su importancia. De manera similar el distrito de Altar, asiento de una "cultura del desierto", se mantendría alejado de la vorágine modernizadora y progresista, manteniendo sus mismos niveles poblacionales en un lapso de 30 años. El aislamiento de las comunidades persistió pues no se desarrollaron las comunicaciones: no llegó el tren ni las carreteras.

Sin duda el mayor dinamismo cultural se observó en las áreas urbanas del centro del estado, Guaymas y Hermosillo, donde se ubicaban las élites políticas y económicas portadoras de los patrones culturales que desarrollaron varias estrategias para imponerlos como dominantes y distintivos de una identidad cultural regional. Dieron un impulso generoso a la educación, embellecieron sus ciudades con modernos edificios públicos y privados, establecieron modernas industrias, realizaron frecuentes viajes al extranjero, aprendieron inglés y adoptaron algunas costumbres norteamericanas por considerar a ese país el paradigma de la modernidad. Se constituyeron, en fin, como clase social dominante y claramente separada del resto del espectro social.

En las ciudades principales también emergió una pujante clase media con deseos de ascenso social, muy vinculada con el sistema político y con las empresas privadas, conformando sus cuadros técnicos y administrativos; engrosaron también el grupo de intelectuales, periodistas y profesores. Pero las ciudades más florecientes también se llenaron de "indeseables": vagos, prostitutas y jugadores que desafiaban el clima dominante de "orden y progreso". A su

erradicación orientaron las autoridades civiles la expedición de leyes y reglamentos y las autoridades eclesiásticas su labor de salvación de almas.

Dentro del esquema de la "cultura urbana" encontramos otras ciudades también destacadas, como Álamos y Ures, pero que en los años de la bonanza porfirista se encontraban en declive. Ambas con una tradición señorial heredada de la colonia y asientos de una temprana ilustración, habían quedado fuera de las vías férreas y de la ruta preferida por los capitales extranjeros. Los hacendados urenses y los mineros alamenses buscaron entonces mejores perspectivas de inversión; los últimos, por ejemplo, se trasladaron junto con sus capitales a las promisorias tierras recién abiertas a la agricultura y ganadas por la fuerza de las armas a los indios mayo. Allí se desarrollarían nuevos centros poblacionales que llegarían a tener una destacada importancia en el estado.

Finalmente, dentro del amplio espectro cultural que hemos ido señalando, un lugar destacado lo ocuparon durante el porfiriato las culturas indígenas, diseminadas a lo largo y ancho del estado: los pápago (o'otham) del desierto de Altar, habitantes de un ambiente áspero y asentados indistintamente en México o Arizona; los ópata y pimas, en gran parte campesinos y de gran influencia en la cultura serrana; los yaquis cuya dispersión por todo el estado y el sur de Arizona extendió sus marcas culturales en un área más amplia, a diferencia de los mayos cuya influencia fue más localizada.

Evidentemente la "cultura urbana" se constituyó en la marcadora de rutas por donde supuestamente habrían de transitar el resto de las expresiones culturales existentes. Pero valdría la pena preguntarse qué tanto se avanzó en la difusión de la cultura dominante, qué tanto impactó en otras formas culturales en este periodo, es decir, cuestionar en qué medida sería válido hablar de la existencia de "una" identidad cultural distintiva de "lo sonorenses" para el porfiriato.

Los rasgos que se le atribuyen al *ethos* del sonorenses para este tiempo, según los autores que he venido trabajando,<sup>72</sup> son un fuerte

<sup>72</sup> Principalmente Miguel León-Portilla, Miguel Tinker Salas, Stuart F. Voss y Miguel Othón de Mendizábal, *La evolución en el noroeste de México*, México, Publicaciones del Departamento de la Estadística Nacional, 1930.

sentimiento de autodefensa alimentado por su decisión de confrontar el peligro, las amenazas de los "otros", sus adversarios (en este caso los indios y los invasores extranjeros); esto les haría aparecer como hombres acostumbrados a la lucha. Por otra parte está su vocación de progreso al que acompañarían rasgos como su afán de ilustración y su admiración por los valores extranjeros (norteamericanos esencialmente) en tanto expresión de un afán "civilizador".

Pero, como se ha venido manejando a lo largo de este trabajo, estos rasgos corresponden a la cultura manejada por las élites, que ciertamente lucharon por imponerla como dominante a través de:

a) La educación, que si bien recibió un notable impulso durante el porfiriato, se desarrolló exitosamente sólo en los ambientes urbanos.

b) La normatividad, cuyo éxito al parecer fue relativo porque los revolucionarios continuaron con el afán de cambiar esa sociedad indócil, alebrestada.

c) Las armas también demostraron su ineficiencia pues no lograron quebrantar la rebeldía indígena y obrera, que fueron sus objetivos esenciales.

Considero, pues, que no es posible hablar de la existencia de "una" identidad cultural en el porfiriato sino de una cultura de élites que desarrollaron variadas estrategias con diversos éxitos para imponerla como dominante. No podía haber "una" identidad regional porque la sociedad se encontraba en un dinámico proceso de cambio orientado, ciertamente, por la visión de las élites, en el que destacaban principalmente el cambio demográfico, la interacción y conflicto entre distintas culturas.

La "visión de progreso" que acompañó a las élites sonorenses y que fue el sustrato de sus acciones para conducir el cambio social - convertir en realidad una "comunidad imaginada" - encontraría su momento histórico culminante en los años cuarenta del siglo XX. Si esa visión del mundo se redefinió en las últimas décadas decimonónicas por la influencia del factor "frontera", a partir de la posrevolución, particularmente después del Plan de Agua Prieta (1920) esa visión se reforzaría con el triunfo del "Grupo Sonora". En el porfiriato el elemento deslumbrante fue la presencia de los ex-

tranjeros y la admiración de las élites hacia sus valores; después de la revolución este elemento sería sustituido por un reforzamiento del nacionalismo.

